ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA GENTE NUEVA

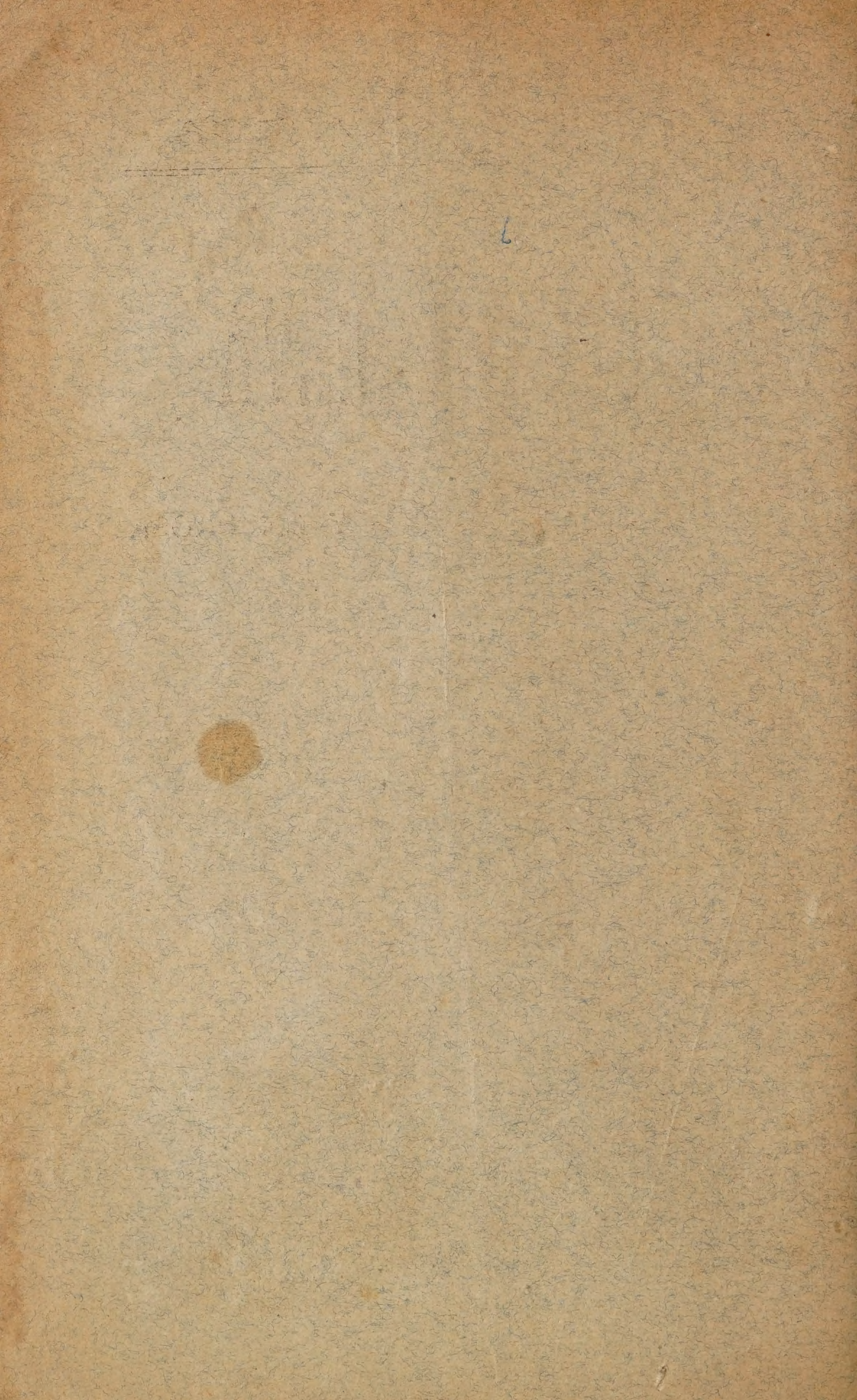
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1896



A D. Alfredo Calderón, recuerdo cariñoso de su antiguo amigo y maestro (de matemáticas) y hoy de viejo camarada en el periodismo y verdadero y leal admirador

LA GENTE NUEVA

Sánchez Pérez

LA GENTE NUEVA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO SANCHEZ PEREZ

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA, de Madrid,
el 14 de Octubre de 1895



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1896

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA JOSEFINA	SRTA.	BERNAL.
DOÑA PURIFICACIÓN		FERNÁNDEZ.
AURORA		SUÁREZ.
JUANA		MARTÍNEZ.
DON FÉLIX	SR.	MARIO.
DON FERNANDO		VALLÉS.
DON CAYETANO		AMATO.
DON HOMOBONO		MANSO.
DON TADEITO		BALAGUER.
PEPE		THUILLIER.
FELIPE		MUÑOZ.
GALCERÁN		VILLANOVA.
EL COMPAÑERO BRAVO		VALENTÍN.
UN JARDINERO		URQUIJO.
EUSEBIO		VENTURA.
JUAN		MARTÍNEZ.

Caballeros, electores, hombres del pueblo

La acción se verifica en Madrid. Los dos primeros actos en casa de Don Fernando; el tercero en la del compañero Bravo.

Época 187...

ACTO PRIMERO

El teatro representa el jardín de un palacio ú hotel. En el foro puerta central con dos ventanas laterales; la puerta da acceso al jardín por una escalinata de dos ó tres peldaños. Tanto por la puerta como por la ventana ha de verse un salón lujosamente amueblado. En el jardín, veladorcillos de hierro con periódicos y, convenientemente diseminados, bancos de piedra, sillas de hierro, sillas de mimbre, etc. Casi en primer término y á la derecha un cenador cubierto por follaje en el cual puedan ocultarse algunas personas.

ESCENA PRIMERA

FELIPE, el JARDINERO, AURORA

(Al levantarse el telón aparece regando las plantas el Jardinero, que se acerca al centro ó se aleja de él, según lo exije su ocupación y como el diálogo indica. Si el director lo considera conveniente puede el Jardinero canturrear alguna cosa mientras no comienzan á hablar los otros interlocutores. Felipe está sentado cerca de un velador y coloca en él varios papeles impresos, de los cuales recorta algunos trozos con unas tijeras. Al poco rato se presenta Aurora y dice las primeras palabras desde la ventana y baja á escena después para colocar en el veladorcillo varios periódicos que trae, para recoger los que en el velador había y para cortar de estos los folletines, que dobla con sumo cuidado. La duración de la escena muda se deja al buen criterio del director.)

AUR. Buenos días, Felipe. (Desde la ventana.)
FELIPE Muy buenos. (Sin dejar su ocupación.)
AUR. ¿Ya estás aquí?
FELIPE Todavía no; pero voy á llegar de un momento á otro.
AUR. ¡Qué gracia! ¡La habrás recortado del almanaque!
FELIPE Precisamente. (Sigue trabajando sin hacer caso de Aurora.)
AUR. ¡Qué modo de tratar á una señorita! (Sentándose al lado de Felipe.)
FELIPE Ninguna muchacha es señorita para su hermano. ¡Lástima fuera! En fin, déjame trabajar, Aurora.
AUR. Ya te dejo. Sigue tu interesantísimo trabajo.
FELIPE No tanto como el tuyo. (Irónico.)
AUR. No lo digas en broma. Coleccionar folletines de periódicos es más serio que recortar chistes de almanaques. Lo que hago, al menos, me distrae.
FELIPE Eso es, y te acostumbra á ser heroina de novela.
AUR. Al revés, hijo; me enseña á no serlo.
FELIPE Pues los chistes que recorto me sirven...
AUR. ¿Para qué?
FELIPE En primer lugar, para divertirme.
AUR. ¡Toma! A mí también me divierten estas novelas; y cuanto más desatinadas, más.
FELIPE Pues bueno.
AUR. Pues corriente. (Aurora y Felipe continúan en sus ocupaciones.)
JARD. (Siempre lo mismo; ó no hablan ó riñen como buenos hermanos. ¡Cosas de chicos!)
FELIPE Oye, oye... (Interrumpiendo de pronto su lectura.)
AUR. Oigo.
FELIPE (Leyendo.) «Es muy extraño que, al recibir el sacramento del matrimonio, no se reciba otro: el de la penitencia.» ¡Já, já!
JARD. ¡Já, já, já!
AUR. ¿Y quién ha discurrido eso? (Mirando con enojo al Jardinero.)
FELIPE (Leyendo.) «Dupuy.»
AUR. Pues dile á Dupuy de mi parte que es un majadero y que eso me parece una gansada.

FELIPE Es natural; á las mujeres os parece gansada; á los hombres nos parece otra cosa.

JARD. ¡Tiene gracia! ¡Já, já, já!

AUR. ¡Los hombres! ¡Vaya un hombre, que el día menos pensado tendrán los tíos que ponerle niñera!

FELIPE Si es bonita...

JARD. Bien. ¡Já, já, já!

AUR. ¡Trasto! (Mira al Jardinero.) ¡Imbécil! (Pausa breve.)

FELIPE (Levantándose y dando á su hermana dos cariñosas palmaditas en la espalda.) Vamos, no te enojes, Aurora. Demasiado sabes que te quiero y que... Además, ¿te gusta leer novelas? Las lees. ¿Me conviene coleccionar agudezas y chascarrillos? Los colecciono... y en paz, y tan amigos.

AUR. Es claro.

FELIPE (Paseándose y señalando á sus papeles.) Con esos chistes y esos epigramas tengo material para la mar de piezas cómicas. Calcula tú que hay aquí, entre cuentos, anécdotas, agudezas, etc., más de tres mil; pues distribuyéndolos equitativamente, tengo para treinta comedias, á cien chistes una con otra, y me quedo corto.

AUR. ¿Pero vas á escribir comedias... tú?

FELIPE Ya las escribo.

AUR. ¿Y pones en ellas esos chistes?

FELIPE Claro que los pongo; si no, ¿para qué el reunirlos?

AUR. ¡Pero si los sabe todo el mundo!

FELIPE Todo el mundo no; y luego lo gracioso hace reir siempre. Se varían un poco y parecen nuevos.

AUR. Y que para cuando á tí (Riéndose.) te representen las comedias, ya se habrán muerto todos los que hayan leído esos almanaques.

FELIPE (Picado.) ¿Si crerás que voy á tardar tanto? Pues no falta ya quien me pida obras, ni quien me diga que tengo un filón en mi pluma.

AUR. ¡Querrá decir en tus tijeras!

FELIPE El abuelito, que fué en sus tiempos gran literato, dice...

AUR. Al abuelito le tienes sorbido el seso.

FELIPE Pues también Pepe, nuestro primo, cree que... (Cambiando de tono.) Y me parece que de Pepe no tienes que decir nada, (Con malicia.) porque á ese, eres tú, quién le tiene el seso sorbido.

AUR. No empiezes á decir tonterías, Felipe (Ruborizada.)

FELIPE ¿Y á qué vienen esos melindres? ¿No es Pepe tu novio?

AUR. Me disgusta oir necedades.

FELIPE ¿Necedades? Pues, hija mía, á nadie parece necedad esto: ni al abuelito que está loco de gozo; ni á nuestros tíos; ni á papá que viene á España solamente por eso; ni á Pepe, que te quiere con toda su alma, ni á tí que le quieres tambien. (Señales visibles de impaciencia en Aurora.)

AUR. ¿Acabarás hoy?

FELIPE Y que pasas una rabieta cada vez que sabes que en casa de alguno de sus enfermos hay chicas guapas. (Movimiento de Aurora.) Acuérdate del digusto que nos diste, cuando te dijeron que el compañero Bravo, ese obrero á quien Pepe salvó la vida, tenía una hija muy guapa.

AUR. La Juana.

FELIPE Esa... Ya ves como te acuerdas.

AUR. Eres insoportable.

FELIPE Y tú hipócrita.

AUR. Y tú...

ESCENA II

DICHOS y JOSEFINA

JOS. ¡Haya paz, por Dios, haya paz!

FELIPE Querida tía...

AUR. Buenos días tiita. (Besándola.)

JOS. Muy buenos, sobrinitos. Pero cuando llegue vuestro padre, que ya no puede tardar, le diré lo que hace al caso, para que os envíe otra vez, á tí al convento y al colegio á tí;

porque está visto que no podeis vivir en paz bajo un mismo techo. ¡Vaya unos hermanos!

FELIPE ¡Pero si era chanza! ¿Verdad, Aurora?

AUR. Sí. (Algo rehacia.)

JOS. Es que ni aun en broma, está bien eso. ¿Por que discutiais?

AUR. Porque Felipe...

FELIPE Porque Aurora... (Interrumpiéndola.)

AUR. Decía...

FELIPE Se empeñaba...

JOS. No mo lo conteis, (Tapándose los oidos.) no quiero saberlo.

ESCENA III

DICHOS y PEPE

PEPE (En son de broma.) ¿Quien es osado á gritar de ese modo en mi casa? ¡Ah! ¡Eres tú, mama! (Abrazándola con ternura.) Eso es distinto; tú puedes hacerlo... Papá también; pero de vosotros abajo, ninguno tiene derecho á levantar la voz aquí, sino yo. Y menos que nadie esta primilla revoltosa, (Dando cordialmente la mano á Aurora, que corresponde al apretón de manos sonriendo con cariño.) y este primo intruso, (Dando á Felipe una palmada en la espalda.) que se nos han entrado de rondón en el hogar, obligándome á cambiar de domicilio ¡Bien dice el adagio: «De fuera vendrá...»

JOS. Era necesario, hijo mío; en casa no podías vivir mientras no estuviese con nosotros el padre de Aurora. No hay más remedio que dar al mundo lo que el mundo nos pide.

PEPE Verdad. Y el mundo, como viejo que es... tiene tantas ridiculeces...

JOS. Bien; no empecemos con la canción de todos los días. Al fin y al cabo, no parece que te va mal con nuestro amigo don Tadeo.

PEPE Para ser justo, debo confesar que me va perfectamente.

JOS. Como que don Tadeo es muy buena persona.

PEPE En confianza; (Tono confidencial.) lo sería del

todo, si no presumiese de joven siendo anciano.

Jos. Pues, hijo mío, eso debería gustarte.

Pepe Pues, mamá, no me gusta.

Jos. Tienes en él un aliado...

Pepe Del cual desconfío.

Jos. ¡Pepe! (En tono de reconvención.)

Pepe ¡Qué quieres! Todo lo que no es natural me... Jóvenes que las dan de viejos y viejos que alardean de jóvenes, son para mí desertores de sus ejércitos respectivos. Lo mejor que de ellos puede pensarse es que son tontos.

Jos. ¡Bonita manera de agradecer la hospitalidad de don Tadeo!

Pepe Eso es otra cosa .. se lo agradezco de corazón, y proclamo que es el compañero más alegre y más... Me ha dejado en completa libertad para todo. Te juro que en mi domicilio provisional nada echo de menos, sino la presencia de la madre que me quiere tanto. (Abrazando á su madre.)

Jos. Y la de tu padre.

Pepe Esa ya es harina de otro costal. (Sonriendo.)

Jos. ¡Pepe... Pepe!... (Reconviniendole.)

Pepe (Sin dejar de acariciar á su madre.) No hablemos de estas cosas, mamá; á tí te disgustan... y yo... yo... no quiero disgustarte. Papá me quiere; ya lo sé; tambien lo quiero yo: ¿pues por qué no había de quererlo? Pero él me quiere á su modo, que no es precisamente el tuyo... y á mí el tuyo me gusta más. (Con zalamería.) El tuyo y el del abuelo... Ese, ese si que es un hombre... á ese deberían parecerse todos los viejos.

Felipe Verdad...

Jos. Porque es débil, lo mismo que yo, y haceis cuanto os da la gana de él... y de mí.

Felipe Eso si que no, tía. Pues bonito genio tiene el abuelo, para que nadie haga de él lo que quiera.

Pepe El sí que hace lo que quiere de todos... Pero todos le obedecemos á gusto, porque no tiraniza á nadie, y no se obstina en moldear-

nos según su capricho; como intentan hacerlo, muchas respetabilísimas nulidades, que solamente por el mérito—que es mérito muy discutible—de haber venido al mundo algunos años antes que nosotros, tratan de imponernos su criterio, sus gustos y hasta sus chocheces. Con esos viejos, sí que no transijo... á esos sí que les tengo declarada guerra á muerte.

ESCENA IV

DICHOS, DON TADEO, entra muy acicalado y compuesto, y palmoteando

TAD. ¡Bravo! ¡bravísimo! ¡Guerra sin cuartel á los viejos! ¡Paso franco á la gente nueva! Es preciso que...

JOS. Amigo Dupuy, ¿pero usted?...

TAD. Señora mía... (Saludando con exquisita cortesía.) Señorita... ¡Oh! No esperaba yo que tendría el gusto de hallarlas aquí... Ha sido esto verdadera sorpresa. Entiéndase bien; sorpresa deliciosa. Pero lo dicho, dicho está. ¡Paso á la gente nueva!... Esto no puede enojar á usted, Aurora.

AUR. No, señor; á mí no me enoja casi nada. (Muy fría.)

TAD. Es muy natural; los ángeles siempre están contentos.

AUR. (A Felipe.) (¿Y es este señor Dupuy el que escribe cosas tan graciosas sobre el matrimonio?)

FELIPE (A Aurora) (¡Qué ha de ser! Este buen señor nunca ha escrito ni ha dicho nada que tenga gracia.)

TAD. ¿Supongo que no faltaremos al *meeting* (Mirando al reloj.)

PEPE Supone usted bien. ¡Tengo preparado un discurso!... ¡Usted verá como arma un alboroto!

TAD. ¡Vaya! (Muy satisfecho.)

JOS. A ver si luego hay disgustos, y...

PEPE No habrá disgustos; ¿pero si los hubiera... qué? No retrocederíamos por eso. (Adoptando aire de orador y tono declamatorio.) «¡Compañeros!...» digo no; «¡Compañeras!» Porque habrá compañeras.

TAD. Ya lo creo.

AUR. Buenas serán ellas.

PEPE Excelentes, prima, excelentes, y...

AUR. ¡Y algunas muy guapas!... (Con despecho.)

PEPE Eso es lo de menos.

FELIPE No tanto.

PEPE «¡Compañeras y compañeros! (Prosigue declamando.) ¡Se acerca la hora de las grandes reparaciones! ¿Qué falta para que esa hora suene?»

AUR. Que ande el reloj.

PEPE Eso; y para que ande es preciso que nosotros le demos cuerda. ¡Abajo los ídolos! ¡Paso á la idea nueva y al novísimo pensamiento! ¡Los ideales viejos, las enseñanzas de principios de siglo, han terminado su misión! Otorguémosles nuestra gratitud y váyanse muy enhorabuena. El adelantamiento de ayer sería hoy retroceso. Vedlo si no. Los más avanzados de esos que se consideran nuestros guías conservan las herencias; apenas si legislan sobre lo que llaman propiedad, y solo con timidez ponen mano en la organización de la familia. Los más atrevidos llegan hasta el divorcio... Pues bien: ¿Qué es el divorcio?

AUR. ¡Una atrocidad!

PEPE Una antigualla; el progreso viajando en carreta; una puerta de escape del matrimonio; nosotros suprimimos el matrimonio y no necesitamos el divorcio para nada.

TAD. (¡Qué barbaridad!) Eso, eso.

JARD. (¡Qué pico de oro!)

JOS. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Pero ¿de veras vas á decir todos esos disparates?

PEPE ¡Disparates! No son disparates mamá. ¡Y diré más aun!

JOS. ¿Todavía más? (Asustada.)

PEPE Tronaré contra el capital; atacaré á los bur-

gueses; pediré que se rompan los moldes antiguos.

FELIPE Eso, eso.

AUR. No seas estólido, hermanito.

JOS. Pepe, ya sabes cuanto disgustan á tu padre esas cosas.

PEPE Y lo siento; pero no he de someter mis creencias á su capricho. «El hombre...» En fin, ya es hora y no quiero hacerme esperar. ¿Vienes? (A Felipe.)

FELIPE ¡Pues no que no!

PEPE Andando. Hasta luego, mamá. ¡Calle! Aquí está el abuelito.

ESCENA V

DICHOS, DON FÉLIX

FÉL. ¿A dónde bueno? (Saluda cariñosamente á doña Josefina y Aurora.) Parece que vais á cosa hecha.

AUR. Sí, abuelito. Pepe se va á una reunión á echar un discurso.

FELIPE Un *meeting*. (Rectificando.)

FÉL. ¡Hola! ¿Conque discursos? Bien, muy bien. Siempre dije que este Pepillo sería muy buena cabeza.

JOS. Mala cabeza sí que es.

FÉL. Por supuesto, el discurso, será liberal.

PEPE Muy liberal.

JOS. Demasiado.

FÉL. Eso no; adelante, adelante siempre. (Cambiando de tono y sonriendo.) También yo eché discursos.

FELIPE ¿Y echaba usted discursos revolucionarios?

FÉL. Vaya; y los aplaudían mucho. Contra los doceañistas, que se tenían por muy avanzados... No; y lo eran en su tiempo... después quedaron á la zaga, y la corriente los arrastró. (Cambio de tono.) Yo siempre he sido muy liberal, mucho... Y lo soy. Es decir, ahora ya no soy nada más que un pobre viejo con

un pie en la sepultura, y que el día menos pensado... (Hace ademán de quien se despide.)

JOS. ¡Papá! (En son de súplica.)

AUR. ¡Abuelito! (Abrazándole.)

FÉL. No; si ahora estoy como un roble. Soy muy buena persona; excelente persona, y todos me quieren muchísimo... solo que nadie puede sufrirme... ¡Jé, jé! ¿verdad? ¿verdad, picarilla? (Golpeando la mejilla de Aurora.)

AUR. Pero... (Enjugándose las lágrimas.)

JOS. ¡Qué ocurrencias tiene usted, papá! (Reconviniéndole.)

FÉL. ¡Bah! Chocheces. Na hagas caso de mí, hija. (Transición.) ¿Conque de reunión, eh?

FELIPE De *meeting*.

FÉL. Es lo mismo. Digo, no es lo mismo porque sería mejor decirlo en castellano.

FELIPE *Meeting* es más *chic*.

FÉL. (Dándole un cachete cariñoso.) No tienes tú mal *chic*, tronera. ¿Y también tú vas al *chic*, digo al *meeting*?

FELIPE Sí, abuelito. Es decir, si usted no dispone otra cosa.

FÉL. ¡Lagotero! ¿Y qué iba yo á disponer? ¡Pobre de mí! Anda, anda; vete á la reunión con tu primo, y anímale con tus aplausos, que que bien lo necesita

TAD. ¿Que lo necesita?

FÉL. Sí, amigo don Tadeo; el que piensa dedicarse á liberal necesita ahora muchos estímulos, lo mismo que sucedía en nuestro tiempo.

TAD. ¡Nuestro tiempo! Este don Félix siempre en broma.

FÉL. Siempre. Pero eso no quita para que tú lo seas, ¿eh?

JOS. No le aconseje usted, papá, que ya lo es... demasiado.

FÉL. ¿Sí?

TAD. Vaya... Defensor y patrocinador de todo lo nuevo; el anarquismo, la dinamita... la...

FÉL. ¡Pche! ¡El anarquismo! Se conocía hace ya muchos años. Si ya no hay nada nuevo.

FELIPE El lema escrito en la bandera es: «Paso á la gente nueva.»

FÉL. Pues me parece perfectamente. No es nuevo tampoco. Siempre han predicado lo mismo los muchachos... y siempre han tenido razón como la tenéis vosotros ahora. Sí, Pepe; también yo gritaría contigo, si pudiera gritar: «Paso á la gente nueva.»

TAD. Eso es; y guerra sin cuartel á los viejos.

FÉL. ¡Hombre, eso ya no está bien! Tampoco es nuevo. ¿Qué ha de ser nuevo eso? Pero no es razonable ni justo.

PEPE Pues á mí me parece...

FÉL. Pues te parece una majadería.

PEPE Bien. (Como evitando la discusión y encogiéndose de hombros.)

FÉL. Sí, señor; bien. ¿Si creerás que esas luchas entre las generaciones que llegaron antes y las que han llegado después son de ahora? No, hijo mío, no; son tan antiguas como la sociedad humana. La juventud acusa á los viejos de no tener energía, ni vigor, ni entusiasmo, y es verdad. La vejez dice á los jóvenes, que son irreflexivos, imprudentes y es verdad también. Por eso, precisamente, aquélla y ésta se completan. Los viejos solos y los jóvenes solos no son más que media humanidad. Los jóvenes que olvidan esto, son ingratos; los viejos que no lo recuerdan, son egoistas.

PEPE Y eso que usted dice, abuelito, se llama... ¿No va usted á enfadarse si le digo como se llama? (Abrazando á su abuelito.)

FÉL. No; dilo.

PEPE Pues se llama pastelear.

JOS. No le haga usted caso; es un loco.

FÉL. Sí le hago caso... como que tiene muchísima razón. Pastelear ha sido siempre colocarse en el justo medio y dar á cada uno la parte de razón que tiene. Porque completa no la tiene nadie... y á medias, muy pocos.

FELIPE Pero, abuelito, usted no puede ser juez en el pleito, porque es usted parte.

FÉL. ¿Qué he de ser yo parte? El litigio está entablado entre el viejo y el joven. Yo no soy ni joven ni viejo.

FELIPE ¿Cómo?...

FÉL. Verás. ¿Has subido tú alguna vez á un sitio muy alto, muy alto?

FELIPE Muy alto, muy alto precisamente... Siendo muchacho recuerdo haber subido á la Giralda... ¿Es bastante?

FÉL. Más quería yo; pero me contentaré con eso. Cuando allí estabas, ¿no miraste hacia abajo?

FELIPE Sí, miré.

FÉL. ¿Y qué te parecieron las personas?

FELIPE ¡Muy pequeñitas! (Riéndose.)

FÉL. Eso; muy pequeñitas... ¿y todas iguales?

FELIPE Justamente.

FÉL. Y, sin embargo, no eran iguales; pero para tí, y para cuantos desde aquellas alturas miraban, lo parecían. Para los que tenemos la edad que yo cuento no hay gente nueva ni gente vieja. Diez años arriba, quince años abajo. ¡Bah! ¿Qué es eso? Hazte cuenta que me he subido á la Giralda.

PEPE Pero siempre la juventud...

FÉL. ¡Je, je! ¡Dura tan poco!... Pues si me parece que era ayer cuando estaba como tú... Eres joven, ya lo creo, muy joven; procuras—y haces bien—desalojar del puesto que consideras tuyo á los que te han precedido; pues cuando te detengas un instante para volver atrás los ojos, verás en pos de tí otra generación que procura desalojarte. Son tropas de refresco; gente nueva que llega gritándote: «¡paso, paso; retírate, eres viejo!» (Cambiando de tono). ¡Ea, ea! Hablemos de cosas alegres; tú, al *meeting*; usted, don Tadeito, á la Giralda, digo, con los muchachos, con la gente nueva. Vosotros á la vida, al bullicio, al movimiento que alegra... ¡Yo me iré solo, como conviene á quien debe ir acostumbrándose á soledad y reposo más duraderos.

JOS. Pero, papá, ¿usté se ha propuesto afligirnos?

FÉL. ¿Yo?... Pues si lo que á mí me gusta es veros á todos alegres y regocijados y... nada, al *meeting*, al *meeting*.

JOS. Vete con tu abuelito. (Aparte á Felipe.)

FELIPE (Sí, señora.) Pues yo me voy con usté, abuelito.
FÉL. ¿Es de veras? (Muy alegre.)
FELIPE De veras.
FÉL. ¡Bravo! (Transición.) No, no; irás más á gusto con los muchachos. (Como temiendo que Felipe se arrepienta.) En fin, si prefieres venir conmigo, no me opongo... y te lo agradezco. Vaya, ustedes á charlar y á perder el tiempo, lo mismo que lo perdíamos nosotros hace sesenta años.
TAD. ¡Qué cosas tiene este don Félix! (Risa afectada.)
FÉL. (Y tú y yo á divertirnos.) (A Felipe.)
FELIPE Eso es.
PEPE Hasta luego. (A doña Josefina.)
JOS. Hasta luego, hijo mío. ¡Y, por Dios, mucha prudencia.
PEPE Descuida, mamá (A Aurora.) ¡Adiós!
AUR. ¡Adiós! (Muy seria.)
PEPE (¿Estás disgustada?) (A Aurora con extrañeza.)
AUR. (Mucho.) (A Pepe.)
PEPE ¿Conmigo?
AUR. Contigo.
PEPE ¿Por qué?
AUR. Es largo de contar; ya hablaremos cuando vuelvas de eso.
PEPE Pues hasta la vista. (Le tiende la mano. Aurora no la toma.) ¿No me estrechas la mano?
AUR. No. (Le vuelve la espalda.)
PEPE (¿Qué le sucede á esta chiquilla?) Adiós, mamá; abuelo, adiós. (Mientras Pepe y Aurora han hablado en voz baja, don Tadeo se ha despedido de todos menos de Aurora.)
TAD. Muy de veras siento abandonar á ustedes; pero es necesario que...
JOS. A usted se lo recomiendo, amigo Dupuy.
TAD. Descuide usted, no le pierdo de vista. ¡Adiós, Aurorita! No pase usted cuidado, va conmigo. (Vanse Dupuy y Pepe.)

ESCENA VI

DICHOS, menos PEPE y DON TADEO

FÉL. (Mirando hacia el sitio por donde han salido don Tadeito y Pepe.) ¡Já, já, já! ¡Va conmigo! Aviado va. Antes que para cuidar de otros está el pobre don Taedito para que le cuiden á á él. Si es casi de mi tiempo. (A doña Josefina.) ¿Y tu marido?

JOS. Creo que está en su despacho.

FÉL. Corre á buscarlo. (A Felipe.) A ver si me da su permiso para... (Desde este momento el rostro de don Félix ha de cambiar un poco, se entristece varias veces y se pasa la mano por la frente.)

JOS. No es necesario.

FÉL. Sí lo es. (Movimiento de protesta de doña Josefina.) No quiero dar mal ejemplo á los chicos. Anda, Felipe, anda, dí al tío que necesito hablarle.

FELIPE Voy.

AUR. Voy contigo.

JARD. (Esto ya se acabó. Cuando no hay chicos no me gusta.) (Vanse juntos Felipe y Aurora. Por otro lado el Jardinero.)

ESCENA VII

DOÑA JOSEFINA, DON FÉLIX

JOS. ¡Pobres muchachos! No se encuentran bien si no están juntos.

FÉL. Pediré permiso para llevármelos...

JOS. ¡Qué niñerías! De sobra sabe usted que no es necesario ese permiso.

FÉL. De sobra sabes lo contrario.

JOS. En casa, usted es el rey.

FÉL. ¡El rey! ¡Valiente rey estoy yo! Un rey democrático; ni reino, ni gobierno, ni tengo prerrogativas. Déjame que tome todas las

precauciones necesarias para evitarte disgustos...

JOS. Papá, si no hay tales disgustos; si yo...

FÉL. Ya sé, ya sé. Eres buena hija. Toleras mis rarezas de viejo, como transigía yo con tus caprichos de muchacha. Tu marido no está en el mismo caso; nada me debe y con nada me paga.

JOS. Mi marido...

ESCENA VIII

DICHOS. FERNANDO

FERN. Acaban de decirme que usted preguntaba por mí, papá. Buenos días, Josefina. Aquí estoy. ¿En qué puedo servirle?

FÉL. Quiero que me des autorización...

FERN. Concedida. (Interrumpiéndole.)

FÉL. Déjame concluir.

FERN. Dejo.

FÉL. Para llevarme de paseo á Felipe.

FERN. Otorgo. (Con solemnidad cómica.)

FÉL. Deseo que nos acompañe Aurora.

FERN. Hombre, eso ya es más grave; pero, vamos, lo permito también. ¿Se ofrece algo más? (Siempre en broma.)

FÉL. Nada más. Gracias. (Muy seco.)

FERN. Ni hay por qué darlas, ni usted necesita autorización mía para hacer aquí lo que guste.

JOS. Eso le decía yo cuando...

FÉL. Basta de cumplimientos que á nada conducen entre nosotros (Interrumpiendo bruscamente.)

FERN. Le entró la mala. (A doña Josefina.) (Nos ha caído qué hacer.)

JOS. (Por Dios, calla.) (A don Fernando.)

FÉL. Sé á que atenerme. (Se pasea disgustado.) Aquí soy la última palabra del Credo; aquí...

FER. Se queja usted sin razón, papá. (Impaciente.)

FÉL. No me quejo. Digo lo que sucede.

FER. ¿Y qué sucede? (Procurando dominarse.)

Jos.	(Por Dios, calma.) (A su marido.)
Fer.	(¡Tengo de sobra!) (A su mujer, mal humorado.)
Fél.	Muchas cosas.
Fer.	Diga usted una.
Fél.	Tenía yo un criado... (Suspendiendo su paseo de pronto.)
Jos.	Juan.
Fél.	Ese. Un buen criado. Viejo como yo; achacoso como yo; muy raro y muy extravagante como yo; (Movimiento de protesta en doña Josefina.) como yo, sí; porque me conozco; pero que justamente por eso comprendía mis extravagancias y mis rarezas. Pues no habéis parado hasta privarme de sus servicios.
Fer.	¿No está siempre al lado de usted?
Fél.	Sí está; pero tristón; melancólico, porque no se le deja entrar y salir como antes.
Jos.	Vamos, papaito, (Con mimo.) el pobre Juan es muy bueno; yo lo quiero mucho...
Fél.	Serías muy ingrata, si...
Jos.	Pero no tiene la cabeza tan firme como usted.
Fél.	Eso es verdad. (Halagado.)
Jos.	Tiene muchos más años que usted.
Fél.	Muchos más, no; pero... (Más tranquilo.)
Fer.	(¡Loado sea Dios! ¡Se conjuró la tormenta! ¡Hasta otra!)
Jos.	¡Si Fernando y yo sólo deseamos dar á usted gusto!
Fél.	¡Zalamera! En fin, me llevo á los muchachos.
Fer.	Está bien; pero...
Fél.	¿Hay pero?
Fer.	No olviden ustedes que probablemente llegará hoy á Madrid el padre de Felipe y de Aurora.
Fél.	Es verdad; (Dándose una palmada en la frente.) ya me había yo olvidado de mi otro yerno.
Fer.	No parecería bien que el buen Cayetano, cuando quisiera dar un abrazo á sus hijos, á quienes no ve ya hace doce años, se encontrase con que los señoritos estaban de paseo.
Fél.	Y se lo tendría muy merecido; el padre que puede pasar tantos años sin ver á sus hijos

no debe extrañar que ellos manifiesten pocos deseos de verlo.

FER. ¿Usted conoce los motivos que?...

FEL. Sí; los negocios; siempre los negocios. Hoy el negocio se sobrepone á todo; á la amistad, al amor, á los lazos de la familia.

FER. ¡Exageraciones!

FÉL. ¡Chocheces!

FER. No he dicho eso.

FÉL. Pero lo has pensado.

FER. Si lo hudiera pensado lo hubiera dicho.

FÉL. Claro, porque á mí no hay para que guardarme consideraciones.

FER. ¡Dale! (Muy impaciente.)

FÉL. Bien; dejaremos para otro día el paseo. Así hablaremos con seriedad del matrimonio de vuestro hijo y de Aurora. (Don Fernando y doña Josefina se miran; don Félix sorprende su mirada.) ¿Qué es eso? ¿Habéis renunciado á ese pensamiento que tanto me halagaba?

FER. No, señor.

JOS. No, papá. Justamente Cayetano adelanta su viaje para...

FÉL. Me pareció que os mirábais de una manera... Pues esa boda hay que apresurarla.

FER. ¡Bah! ¿Por qué el apresuramiento? ¡Son los dos tan jóvenes!

FÉL. ¡Vaya un inconveniente! Pues por eso deben casarse, porque son jóvenes. ¿O te figuras que el hombre no sirve para casado hasta que tiene la edad que yo tengo?

FER. No tanta... (Sonriendo.) pero más que nuestro hijo, sí.

FÉL. ¿Y por qué?

FER. Porque el hombre no debe constituir familia hasta que se halla en situación de sostenerla.

JOS. Nosotros deseamos...

FÉL. Lo que deseais es perderme de vista cuanto antes.

JOS. Papá, ¡por Dios!

FÉL. Se echa de ver en todo.

FER. ¡Señor, vea usted lo que dice, está usted atormentando á su hija! (Ya muy impaciente.)

FÉL. ¿Y qué? ¿No me atormentais á mí vosotros?

JOS. ¿Nosotros? (Abrazándole.)

FÉL. Sí. Quita, quita. (Rechazándola.) No he de tardar mucho en dejaros libres. Demasiado veo que tocan á su fin mis días.

JOS. No, papá, no.

FÉL. Pero tal vez ese plazo os parezca muy largo. Pues bien, no esperaré á morirme para libraros de mis tonterías. Me iré. (Pausa.) Sí, me iré. (Otra pausa.) Y hoy; ahora mismo. (Hace ademán de dirigirse hacia la casa doña Josefina, quiere detenerlo: don Fernando la contiene cogiéndola del brazo.)

FER. (Déjale ahora.) (A doña Josefina. Don Félix, como si aguardase que le detuvieran continúa andando hacia la casa.)

FÉL. No, no; será inútil que intenteis detenerme. He dicho que me voy... y me voy. ¡Ingratos! (Después de pararse un instante y ver que no le detienen se lleva el pañuelo á los ojos. Vase.)

ESCENA IX

DOÑA JOSEFINA y DON FERNANDO

JOS. ¡Pobrecillo! ¿Por qué no me has dejado detenerlo? Llorando se va.

FER. Ocasión habrá de consolarlo.

JOS. Me duele muchísimo dar al pobre viejo el más leve disgusto. ¡Es tan bueno y nos quiere tanto!

FER. Sí; es muy bueno, y nos quiere mucho, pero no hay manera de aguantarlo.

JOS. ¡Estás hablando de mi padre!

FER. En interés de tu hijo. Ya lo ves, he transigido con todo. Ahora nos amenaza con irse. (Pausa y cambio de tono.) Váyase muy enhorabuena; á ver si podemos vivir en paz.

JOS. Fernando, eso que dices es monstruoso.

FER. Lo será; pero me sale del corazón.

JOS. ¿De modo que ese pobre anciano es para tí carga insoportable?

FER. Eso. ¿Para qué andar con más rodeos? Estoy

hasta aquí. (Señalando la cabeza.) No puedo más, Josefina, no puedo más.

JOS. Me hace daño oirte decir... Y te lo aseguro; mi padre no saldrá de esta casa.

FER. Si se empeña, no adivino el modo de evitarlo.

JOS. Pues será preciso que lo evites, porque yo no le abandonaría.

FER. ¿Dejarías tu casa?

JOS. Sí.

FER. No sabes lo que estás diciendo.

JOS. Ni tú lo que has dicho.

FER. ¡Josefina! (En voz alta en tono de amenaza.)

JOS. ¡Fernando!

ESCENA X

DICHOS, AURORA y FELIPE en traje de calle

AUR. (Riñen los tíos. (A don Felipe.)

FEL. (En chanza.) (A doña Aurora.)

FER. (¡Calla, están ahí los chicos!) (A doña Josefina.)

AUR. ¿Y el abuelito?

JOS. Ha ido á su cuarto.

FEL. Pero que, ¿no salimos ya?

JOS. No; porque esperamos á vuestro padre.

AUR. ¿Sí? ¿Y cuándo llega?

FER. ¿Quién sabe eso? Probablemente hoy; de seguro pronto. El no avisa nunca su llegada. Dice que así tiene más libertad y causa menos molestia. Calle, ¿no se ha oído un coche? Sí, me parece que... á ver, á ver. (Dirigiéndose hacia la izquierda.) ¡Cayetano! ¡Cayetano!

ESCENA XI

DICHOS, EUSEBIO y el JARDINERO. Todos se dirigen como don Fernando hacia la izquierda

EUS. Soy yo, señorito.

FER. Y tu amo, ¿no viene?

EUS. ¡Qué ha de venir!

AUR. ¿Que no viene? (Pausa.)

EUS. Que no. Como venir, sí viene, pero tardará todavía.

FER. ¿Pues?

EUS. Porque se viene á pié desde la estación, paseando.

JOS. ¿Y de dónde venís ahora?

EUS. Pues de Guadalajara. Allí *himos* dormío como unos príncipes. Yo me traigo el equipaje pá ganar tiempo.

JOS. Bueno, vé á la habitación de tu señorito, ¿sabes?

EUS. Sí, señora. Me parece que no me he movido de esta casa. Al avío, echa una mano, jardinero, que voy á pagar al simón. (Vase. El jardinero toma una maleta y desaparece; poco después Eusebio y otro criado cruzan con bulto de equipajes.)

ESCENA XII

FERNANDO, JOSEFINA, AURORA y FELIPE

FELIPE (Manifestando su alegría y yendo y viniendo de una parte á otra.) Pues hemos hecho muy bien en no ir á paseo, ni al *meeting.*

FER. ¿Qué *meeting?*

JOS. Nada, tonterías de Felipe... que no sabe lo que se dice de contento.

FELIPE Sí, estoy muy alegre.

AUR. Pues, ¿y yo?

FELIPE (Sonriendo.) Pero tú lo estás por otra cosa.

AUR. Pero tú eres un tonto. (Ruborizada al ver que la mira con atención.) Me parece que viene alguien. (Acercándose á la ventana del foro.) ¡Ay! Son don Homobono y *doña Homobona.*

JOS. Niña. (Reprendiéndola.)

AUR. Pues no los aguardo. (Vase.)

FELIPE Yo tampoco. (Vase.)

ESCENA XIII

JOSEFINA, FERNANDO, DON HOMOBONO y PURIFICACIÓN. Al tiempo de escapar por la derecha Felipe y Aurora, cruzan la sala del fondo, por delante de las ventanas, don Homobono y Purificación Esta pronuncia las primeras palabras al salir y termina en el último peldaño de la escalera

PUR. Donde estén los veremos. ¿En el jardín? Pues al jardín. Aquí están. ¡Fernando! ¡Josefina! (Desde la ventana)

HOM. ¡Señora! ¡Ah, señor don Fernando!

JOS. Purificación, muy bien venida.

FER. ¿Y á qué debemos el gusto de ver á ustedes por aquí tan de mañana?

HOM. Diré á usted...

PUR. Diré á usted... (Casi á un tiempo.)

HOM. Dilo tú, que siempre tienes ganas de dar malas noticias. (Guiñando el ojo á Fernando que le mira muy serio) Es por oirla.

FER. Ya.

PUR. No seas imbécil, Homobono.

FER. (No puede remediarlo.)

PUR. Pues bien, no nos agradezcan ustedes la visita.

FER. Corriente, no la agradecemos.

PUR. El caso es que hemos leído hoy...

HOM. He leído yo. (Guiñando el ojo á Fernando.)

PUR. Bien es lo mismo; (Impaciente.) que anoche ocurrió un descarrilamiento... no recuerdo dónde, y hemos dicho...

HOM. He dicho yo.

PUR. ¡Dale! ¿quieres no interrumpirme?

HOM. (A mí esto me divierte mucho, ¡ja! ¡ja!) (A Fernando.)

FER. A mí también. (Es idiota de veras.)

PUR. ¿Habrá sufrido algún contratiempo don Cayetano, que había de venir uno de estos días?

HOM. Y hemos entrado para ver si ustedes tenían noticias.

PUR. Porque ya comprenden ustedes cuánto nos interesa.

JOS. Lo comprendemos... muchas gracias. Pues no, por fortuna no le ha ocurrido nada.

PUR. Más vale así. ¿Y ustedes cómo saben eso? ¿Ha llegado ya ese judío errante?

FER. Todavía no ha llegado, pero... (Ruido de gente que se acerca. Rumor confuso de multitud.) ¿Qué ocurre?

ESCENA XIV

DICHOS, CAYETANO, GALCERÁN de agente de orden público

CAY. ¡Fernando! (Se abrazan.)

FER. ¡Cayetano!

GAL. (A los guardias.) No pasen ustedes de aquí. Ea, Gutiérrez, despeje usted; que se retiren los curiosos. (Volviéndose á Fernando.) Perdone usted, señor don Fernando, ¿usted conoce á este caballero?

FER. Si es mi hermano...

GAL. En ese caso le dejamos aquí en libertad hasta que el juzgado...

FER. ¿En libertad? ¿El juzgado?

JOS. ¿Qué te ha ocurrido?

CAY. Nada ya. (Enjugándose la frente.) Haz que me den un vaso de agua. ¿Y los chicos? (A Josefina dándole la mano.)

JOS. Andan por ahí. (Al Jardinero.) Que avisen á los niños, pronto. Un vaso de agua en seguida. (A un criado.)

FER. ¿Pero qué ha sido ello? (Á Galcerán.)

GAL. Pues... casi nada... un ligero alboroto ahí en un *meeting*. Detuve á este caballero que decían que había perturbado el orden... Me dijo que era hermano de usted, lo acompañé y ahí se queda. ¿Tiene usted algo que mandarme?

FER. Nada, amigo mío, muchas gracias.

GAL. No las merece. Galcerán es agradecido, y... basta. Buenos días, señora. (A los guardias.) Andando. (Vase Galcerán y vanse los agentes.)

ESCENA XV

DICHOS menos GALCERÁN y los agentes. Durante el diálogo entre Galcerán y Fernando un criado ha traído agua con azúcar á don Cayetano; éste pone unas gotas de rom en el agua, la agita con una cucharilla y bebe á sorbitos

CAY. No hay que asustarse; esto ya pasó. ¿Aquí está don Homobono?
HOM. Muy bien venido.
CAY. Muy bien hallado. ¿Y la señora?
PUR. También estoy aquí.
CAY. ¡Señora mía! (Levantándose á darle la mano.) Perdone usted mi distración; yo venía ciego.
PUR. Nos hacemos cargo de todo y nos explicamos su descortesía...
CAY. ¿Eh? (Cortado.)
FER. (Es más idiota que el marido.)

ESCENA XVI

DICHOS. FELIPE, AURORA

FELIPE ¡Papá!
AUR. ¡Papá!
CAY. ¡Hola, muchachos! (Abrazándolos con cariño.) ¿Teníais ganais de ver á vuestro padre?
AUR. / FELIPE Sí, sí.
CAY. Pues yo, no se diga. (Los abraza de nuevo; luego los separa como para verlos mejor y vuelve á abrazarlos y vuelve á mirarlos.) ¡Caramba, chicos, si estáis muy guapos. (Á todos los que le rodean.) ¿No es verdad que están guapos?
HOM. Mucho.
FER. ¿Nos explicarás, al fin lo que te ha sucedido?
CAY. Nada, hombre, absolutamente nada; sino que en Madrid sois tan noveleros... (A Fernando.) Este ya conoce mi carácter; me exalto pronto y me... Figúrense ustedes que me

dirigía yo muy tranquilo hacia casa, cuando ahí, cerca ya del jardín, veo un enorme cartelón, en el cual se destacaba esta palabra: «¡Alto!»

HOM. ¿Quién vive! (Guiñando el ojo á Fernando.)

CAY. No, alto nada más. Y á continuación. (Dirigiéndose á sus hijos.) Niños, ¿por qué no vais á ver si está bien arreglado mi cuarto?

FELIPE Está en el otro pabellón, al lado del abuelito.

AUR. Voy corriendo. (Vase con Felipe.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos AURORA y FELIPE

PUR. Siga usted.

CAY. El cartel contenía algunas líneas más, en las cuales se decía que estaban reunidos en el Jardín los trabajadores.

FER. Los socialistas.

CAY. Allí decía los trabajadores, y pensé: «¡Aquí están los míos!» Porque, sin vanidad, lo que otro hombre trabaje, lo trabajo yo.

FER. ¿Y entraste? (En son de censura.)

CAY. Pues ya lo creo que entré.

FER. ¡Qué atrevimiento!

CAY. Ninguno. (Encogiéndose de hombros.) La sesión había comenzado. Los concurrentes parecían todos buenos sujetos; trabajadores de manos encallecidas y curtidos rostros; hombres serios, y, en fin, lo que se dice, buena gente. Pero allí, en las tablas, estaba despotricando un señorito muy elegante, con mucho almidón y mucho brillo en los puños y en las tirillas, que así tenía él trazas de trabajador como la tengo yo de arzobispo.

PUR. Y ¿quién era?

CAY. Vaya usted á saber... un charlatán. ¡Pero bien sabe Dios que se despachaba á su gustú! ¡Y qué de atrocidades dijo el muy monigote! A los viejos, nos puso como ropa de Pascua.

HOM. ¿Qué te parece? (Aparte á doña Purificación.)

CAY. ¡Y cómo nos insultó á los que á fuerza de trabajar toda la vida hemos reunido cuatro pesetas! ¡Si no había por dónde cogernos! ¡Bandidos, explotadores, verdugos, burgueses! Y «¡guerra á los viejos!» Y «¡paso á las ideas nuevas!» Y «¡abajo la familia y el Código, y el Gobierno, y el capital, y la religión y todo!» Tajo por aquí, mandoble por allá, el muñeco ne dejó títere con cabeza.

HOM. ¡Qué horror!

FER. ¡Qué escándalo! ¿Cómo se toleran esas cosas?

JOS. (Pepe ha hecho una de las suyas.)

PUR. ¿La gente se asustaría?

CAY. Sí asustarse, aplaudían á rabiar.

HOM. ¡Esto se acaba!

CAY. Lo que se me acabó á mí fué la paciencia. ¡Caracoles! —dije—y ustedes perdonen, si todo eso no es un hatajo de desatinos!

FER. Y tanto.

CAY. ¿Usted se figura que á los que tenemos hoy algunos ahorros nos han llovido del cielo por ventura? Pues no, señor; que los hemos ganado á fuerza de trabajos y de sacrificios. Y después de una ruda labor de tantos años, ¿hemos de consentir que venga un farsante con sus manos lavadas á llamarnos explotadores? ¿Y quién es él? No sería inútil saberlo. ¿En qué taller ha trabajado? ¿Qué oficio conoce? ¿Qué profesión ejerce? ¿A qué industria se dedica? ¿Qué maestro le explota? Cuando nos diga todo eso, veremos el crédito que hemos de conceder á sus gárrulas declamaciones.

HOM. (Sensación.) (A Fernando.)

FER. Perfectamente. ¿Y qué dijo el público al oir esas razones?

CAY. ¡Calla, hombre! (Con desesperación cómica.) Si el caso es que no dije una palabra de todo eso...

FER. ¿Eh?

CAY. Eso es lo que yo pensaba.

FER. Pero, ¿qué digiste?

HOM. (¡Mú!)

CAY. Pues nada; cuando aquel farsante... ¡oh! porque estoy seguro de que es un farsante, habló de la tiranía del capital y del calvario de la juventud, grité con toda mi fuerza: «¡Embustero...!»

HOM. ¿Qué? (Que se ha distraído un poco y se asusta.)

CAY. Ya puedes figurarte la que allí se armó. Querían llevarme á la cárcel; dije quién era; que me trajeran aquí, y aquí estoy. (Pausa.) ¡Ah! Pero te aseguro que el señorito de la pechera almidonada no se me despinta. ¡Valientes trazas de trabajador tenía el...! (Haciendo ademan de retorcer el pescuezo.) Como le pillase aquí, le extrangulaba.

HOM. Déjele usted vivo, y véngase con nosotros á almorzar. (Mirando el reloj.)

PUR. Eso es.

CAY. Hoy no puedo; he de consagrar el día á la familia.

HOM. Es justo: aplazaremos para mañana el placer de almorzar júntos.

CAY. ¿Y por qué aplazarlo? Quédense ustedes aquí hoy y se concilia todo.

PUR. Es verdad.

HOM. Pero mujer...

PUR. Nada; á ofrecimientos de buena voluntad se contesta aceptándolos. En un momento voy á dar órdenes aquí, á casa y...

CAY. Y todos vamos en peregrinación á acompañar á usted hasta la puerta de su palacio.

JOS. Buena idea.

FER. Vamos allá. (Vanse todos por la escalinata, se los ve cruzar por la ventana y se oye el rumor de conversación, que se aleja poco á poco.)

ESCENA XVIII

PEPE, después AURORA

PEPE ¿Qué algarabía es esta? (Sale por la izquierda y se acerca á mirar por la ventana.)

AUR. Ya lo tienes todo arreglado.

PEPE ¡Aurora! (Volviéndose.)
AUR. Hola primo, ¿acabó el *meeting?*
PEPE Ahora mismo.
AUR. Habría mucha gente...
PEPE Mucha.
AUR. ¿Por supuesto, que la Juanita no habrá faltado?
PEPE Pues te equivocas; no ha ido, y lo celebro.
AUR. Mentira.
PEPE Es una muchacha á la que estimo: se hubiera asustado.
AUR. ¿Por qué?
PEPE Porque aquello principió bien y ha concluido muy mal.
AUR. ¿Y te ha ocurrido algo? (Alarmada.)
PEPE Nada; pero me halaga ese interés tuyo.
AUR. ¿No es natural que yo me interese por mi primo?
PEPE No sé si es natural ó no; sé que me enorgullece y me... (Trata de cogerle la mano.)
AUR. Estése usted quieto. (Con desabrimiento afectuoso.) ¿Y qué ha pasado? (Cambio de tono.)
PEPE Nada, un loco; empezó á gritar y... Pero eso no me importa; lo que me importa es saber si me quieres.
AUR. ¿Eso te importa? ¡Pues no se conoce!
PEPE ¡No te comprendo!
AUR. ¡Oh! Pues es fácil de comprender; que te quiera yo, que no te quiera, ¿qué más da si no hemos de casarnos?
PEPE ¿Que no?
AUR. ¿No vais á suprimir el matrimonio?
PEPE ¡Já, já, já! ¿Por eso estabas incomodada conmigo, pobre niña? (Queriendo de nuevo cogerle la mano.)
AUR. Que te estés quieto, digo. (Rechazándolo.) ¿Te parece que no tengo motivos para estar enojada? Nuestros padres tratan de casarnos. Tu...
PEPE ¿Yo? Yo acepto con entusiasmo, porque te adoro, Aurora mía. ¿Y tú? ¿Tú no me quieres? (Le coge la mano, que Aurora, aunque rechazándola un poco, abandona al fin.)
AUR. Claro que te quería, y mucho...

PEPE ¿Y ya?...

AUR. ¿Pues como voy á quererte, hombre, oyéndote decir lo que dices? Hablas del divorcio —que es una abominación—y aún te parece poco. Pues cualquiera se casa contigo.

PEPE No hablemos de eso, te lo suplico; mis ideas políticas, mis creencias religiosas, mis aspiraciones, mis sueños, nada tienen que ver con nuestro amor. Todo aquello es discutible; admite vacilaciones y cambios... en el amor que tú me inspiras no hay nada de eso. Este amor tan grande, que no puede medirse; tan hondo, que no acierto á expresarlo, está antes de todo, y sobre todo, y no cambiará; será el mismo siempre, ¡siempre, Aurora de mi alma! (La besa la mano con efusión.)

AUR. Siempre, sí, siempre; hasta que haya otro *meeting* para suprimir los casamientos.

PEPE Tranquilízate, que por ahora, y en mucho tiempo, no suprimimos nada.

AUR. Pues entonces, ¿por qué lo decís?

PEPE Sembramos para nuestros nietos.

AUR. ¡Pobres nietas! (Pausa.)

PEPE Aurora, dime que no estás enojada.

AUR. ¿Pues no lo ves?... No sé lo que me sucede contigo; estoy muy enfadada, mucho, resuelta á decirte que no te quiero, que te vayas con tus amigotes y con el compañero Bravo, y con su hija, y que me dejes en paz; llegas tú, me dices cuatro tonterías... y nada, me convences, y sigo queriéndote.

PEPE ¡Bendita seas, luz de mis ojos! (La besa la mano.)

AUR. Basta. (Retirando la mano.) Pero mira que mi padre no será tan bobo como yo...

PEPE Tu padre... Cuando era yo muy niño me quería mucho. Ha sido mi padrino, y fuí su sobrino predilecto. Lo conquistaré, y de tal modo he de conmoverlo, que me concederá tu mano.

AUR. Puedes principiar, porque...

PEPE ¿Está aquí?

AUR. Hace media hora.

PEPE Corro á darle un abrazo. Verás, verás, qué bien me recibe. Y acabará por quererme más que tú.

AUR. Eso es difícil; (Con zalamería.) porque la verdad es que yo te quiero mucho. (En son de reproche.) Demasiado.

PEPE Gracias, gracias, prima. Yo estoy loco por tí.

AUR. Cuerdo te quiero, que los locos me asustan mucho.

PEPE Seré lo que tú mandes que sea. Adios.

AUR. Adiós y que él te oiga.

PEPE Oyeme tú que para mí lo eres todo. (A pesar de la débil resistencia de Aurora, le da un beso en la mano y vase.)

ESCENA XIX

AURORA, FÉLIX y JUAN en traje de calle y que salen por la derecha, JOSEFINA, FERNANDO, CAYETANO, HOMOBONO y PURIFICACIÓN que sale por la izquierda

FÉL. (Á Juan.) Quiero despedirme de mi hija.

JUAN ¡Hum! ¡Hum! Ninguna falta hacía ese mal rato.

FÉL. ¡No ha de hacer, hombre! Espérame aquí.

JUAN Espero. Y ya vera usted como no nos vamos.

FÉL. Adiós, Josefina. (Acercándose á ella.)

JOS. Pero, papá, si Cayetano á venido ahora.

FÉL. ¿Ha venido? Entonces no nos vamos hoy.

JUAN Ya lo dije.

FÈL. Nos iremos mañana. Lleva eso á mi cuarto.

JUAN Voy... ¡Je, je! siempre mañana, y nunca mañanamos. (Vase.)

ESCENA XX

DICHOS menos JUAN

FÉL. (Dirigiendose á Cayetano.) Muy bien venido, hombre. ¿No quieres dar un abrazo al abuelo?

CAY. Y una docena. (Se abrazan con efusión; pausa.)

¿Y á quién se aguarda para almorzar? Señores, tengo hambre.

FERN. ¿Pero no has echado á nadie de menos?

CAY. (Piensa un instante, despues se da una palmada en la frente.) ¡Pues es verdad que falta Pepe; mi ahijado, que será ya un mozo, eh! ¿Y dónde se esconde ese tunante que no viene á dar la bienvenida, á su tío?

AUR. En busca tuya iba hace poco.

ESCENA XXI

DICHOS y PEPE

FERN. Aquí está. (Adoptando ademán de solemnidad cómica.) ¡Te presento á mi hijo!

PEPE (¡El loco!) (Pepe y Cayetano se contemplan con estupor; Josefina, que desde el principio de esta escena está intranquila, se acerca á su hijo.)

FERN. ¿Qué te pasa?

CAY. ¿Qué me pasa? Que si no quitais á ese muchacho de mi presencia lo extrangulo (Hace ademán de lanzarse sobre él; Josefina se coloca delante de Pepe defendiéndole; los demás manifiestan su extrañeza con movimientos y aun exclamaciones que se dejan á la discreción de cada uno.)

FERN. ¿Eh?

CAY. Es el charlatán del *meeting*.

FERN. ¿Mi hijo? ¿Este?

CAY. Ese; si señor, ese; te repito que me lo quites de delante porque si no lo arrojo de aquí á pescozones. ¡So trasto!

PEPE (Separando suavemente á su madre y colocándose enfrente de su tío con mucha tranquilidad.) Deja, mamá. Ni soy trasto, querido tío, ni es tan fácil como usted se figura echarme de mi casa.

FERN. ¡Esta no es su casa de usted, caballerito!

JOS. Fernando... (A su marido.)

PEPE ¿Cómo?

FERN. (Sin hacer caso á su mujer.) Quien como usted menosprecia los consejos y desobedece las órdenes de su padre, no tiene familia. He prohibido á usted muchas veces proseguir

en la propaganda de sus doctrinas demoledoras. Usted no es mi hijo.

PEPE — Las doctrinas que consideras demoledoras, me parecen santas. Por eso las propago. Si el cumplimiento de este deber de una conciencia honrada es incompatible con mi permanencia en esta casa... Adiós. (Hace que se va.)

JOS. — Hijo mío... Hijo mío; no te vayas; tu padre te perdonará. (Trata de detenerle.)

PEPE — Nada tiene que perdonarme. Adios, madre. (Separándola con dulzura y desprendiéndose de su brazo, vase.)

ESCENA XXII

DICHOS menos PEPE

JOS. — ¿Y le dejas marchar? (Sacudiendo el brazo de su marido.)

FERN. — Sí. (Secamente.)

FÉL. — Muy mal hecho.

FERN. — No he pedido á usted parecer.

FÉL. — Bueno: ¡Juan! (Mirando hacia la derecha.)

CAY. — Muy bien hecho.

ESCENA XXIII

DICHOS y JUAN

PUR. — ¡Qué cosas! (A Homobono, sonriendo con ironía.)

HOM. — Ya verás como no almorzamos ni aquí ni en casa.

JUAN — ¿Qué hay? (A su amo.)

FÉL. — Que nos vamos.

JUAN — ¿Pero nos vamos ó no nos vamos?

FÉL. — Sí. Ahora mismo.

JUAN — Corriente. (Ambos se dirigen á la izquierda, Josefina y Aurora se acercan á don Félix con el fin de detenerlo.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

DON HOMOBONO, DOÑA PURIFICACION, JARDINERO

PUR. ¿Pero ni don Fernando ni su señora están en casa?

JARD. Lo que es como estar, no sé qué decirles, y como no estar, tampoco sé qué decirles. Uno ve lo que ve, y no ve lo que no ve. Además, como la casa tiene dos puertas...

HOM. ¿Y don Cayetano? ¿Y don Félix?

JARD. Lo que es de esos... tampoco sé si están. Los ví salir pero no sé si han vuelto; pero uno... Además, la casa tiene...

HOM. Sí; dos puertas.

JARD. Eso.

PUR. Bien; de modo que usted no sabe nada.

JARD. Ni esto. (Haciendo el ademán que usa el vulgo.)

PUR. Pues haga usted que pasen estas tarjetas á quien sepa algo. Dame una tuya. (A su marido.)

HOM. Toma. (Da una tarjeta á doña Purificación, que se la da con otra suya al Jardinero.)

JARD. Pueden los señores sentarse.

PUR. Sí; ya nos sentaremos, si nos acomoda; pero lleve usted eso en seguida.

JARD. Ahora mismo. (Vase.)

ESCENA II

DON HOMOBONO y DOÑA PURIFICACION

HOM. Mujer, repara...
PUR. ¿Qué?
HOM. Que no es manera esa de tratar á un criado...
PUR. Insolente.
HOM. No; que cumple órdenes de sus amos. Tú no estás al tanto de estas cosas.
PUR. Como soy mujer de tan pocos alcances...
HOM. Por eso digo.
PUR. Los alcances que á mí me sobran tomarían estos señores, que saben dar órdenes á sus criados y no saben educar á sus hijos. ¿Qué arte de casa es esta? El padre por esos mundos viajando. Los chicos aquí, campando por sus respetos. Después de muchos años de separación, se reunen padre, hijos, sobrinos, toda la familia; y á las dos horas se tiran los trastos á la cabeza. ¿Es esa manera de criar á los hijos?
HOM. Yo no he tenido hijos. (Encogiéndose de hombros.)
PUR. Tampoco yo los he tenido.
HOM. No faltaría más.
PUR. El caso es que llevan ya ocho días batallando, y las cosas no se arreglan.
HOM. ¿Y qué sabes tú de eso?
PUR. ¿Pues no he de saber? (Varía de tono; en son de confianza.) Sé que la boda de la chica se la llevó la trampa; que Pepe no vuelve á esta casa aunque lo aspen; que Fernando se desentiende de su hijo y de su suegro... y si le apuran hasta de su mujer; que el pobre don Félix anda por esta casa como atontado.. Míralo.

ESCENA III

DICHOS y FÉLIX, que aparece preocupado y con un periódico en la mano; va hablando solo con bastante vehemencia y se dirige al primer término desde el segundo izquierda. Cuando pasa cerca de don Homobono y de doña Purificación ésta le saluda, pero no le oye, ó hace como si no le oyese, y sigue su camino hasta que desaparece

JARD. Que aguarden ustedes un momento.
HOM. Buenos días...
FÉL. ¡Hum! ¡Hum! (Vase.)

ESCENA IV

DON HOMOBONO y DOÑA PURIFICACIÓN

PUR. Nada, el viejo ni ve, ni oye, ni entiende.
HOM. Y si todo eso sabes ¿á qué me haces venir á esta casa?
PUR. Para enterarnos de eso que se dice.
HOM. Bien; pero... aquí llega Josefina; no vayas á hacer una de las tuyas.
PUR. No tengas cuidado.
HOM. Tenlo tú

ESCENA V

DICHOS. DOÑA JOSEFINA

JOS. ¡Tanto bueno!
HOM. ¿Cómo estamos, señora?
JOS. Regular. ¿Quieren ustedes que pasemos?... (Señalando al foro.)
PUR. ¿Para qué? Aquí se está perfectamente. (Sentándose.)
JOS. Fernando me ha rogado que le disculpe con ustedes.
PUR. ¡Ah! Estará ocupadísimo...
JOS. Como siempre. Ahora ha tenido que recibir

una comisión de Villaleona para tratar de asuntos electorales.

PUR. Suponíamos que don Fernando se ocuparía en arreglar eso del chico.

HOM. (Basta.) (A ella tirándole del vestido.)

JOS. ¿Lo del chico? (Con extrañeza.)

HOM. Nada.

PUR. Quiero decir...

HOM. (¡Que calles!) (A doña Purificación.)

JOS. ¿Qué? (Con curiosidad.)

PUR. Lo de la prisión de Pepe.

JOS. ¿La prisión? No entiendo... (Muy sobresaltada.)

PUR. Pero ¿usté no sabe lo que pasa?

JOS. ¿Qué pasa? Por Dios, explíquense ustedes.

PUR. Perdóneme usted, Josefina, amiga de mi alma. ¿Pero cómo había yo de figurarme que usted no supiese?...

JOS. Por el amor de Dios, señora, no me atormente, y dígame lo que usted sepa.

PUR. ¡Cuánto lo siento!

JOS. ¿Usted sabe? (A don Homobono.)

HOM. Tranquílecese usted, señora, no es nada. Niñerías de ésta que... Según parece—hoy lo dice casi toda la prensa—se trata de instruir proceso en averiguación de lo acaecido en el *meeting*. Nada más.

JOS. Dichoso *meeting*. ¡Vaya si nos ha ocasionado disgustos! ¿Pero de veras no hay más que eso? (A doña Purificación.)

PUR. Dios mío, no; nada más. Creimos éste y yo que ustedes sabrían... y por si podíamos servir de algo hemos venido...

JOS. Gracias. Me había usted alarmado. (Tranquilizándose á poco.)

PUR. También nosotros... Por eso, cuando leimos en el periódico, que Pepe había sido preso...

HOM. (La soltó.)

JOS. ¿Pero dicen eso?

HOM. No... dicen que iba á dictarse auto de prisión.

JOS. Además, don Tadeo nos habría avisado.

HOM. ¡Claro! Don Tadeo...

ESCENA VI

DICHOS. DON TADEO

TAD. ¿Quién murmura de mí?

HOM. En nombrando al ruín de Roma...

TAD. Ni de Roma, ni ruín; pero muy servidor de ustedes. Señora... (A doña Josefina.)

JOS. ¿Y mi hijo?

TAD. Precisamente á preguntar por él venía, porque he leído...

PUR. Como nosotros.

JOS. Pero ¿no está en casa de usted?

TAD. Desde el domingo no ha vuelto á casa...

JOS. Y usted ¿no nos ha dicho?... (En son de queja.)

TAD. Se despidió de mi para venir con su familia.

JOS. No ha venido.

TAD. Ya me figuro dónde está.

JOS. ¿Dónde?

TAD. En casa del compañero Bravo.

JOS. ¿Su enfermo?

TAD. Ese; su enfermo; que ya no está enfermo. Un marmolista que tiene dos puños de hierro y una hija muy guapa.

PUR. (¿Lo ves? Ya vamos á saber algo.) (Homobono se en encoge de hombros.)

JOS. ¿Y usted cree?...

TAD. Estoy seguro. Y lo malo es que si, en efecto; se trata de prenderlo allí lo hallará la policía.

JOS. Tiene usted razón; no podemos perder el tiempo. Voy á ver si... Hasta luego. (Vase.)

ESCENA VII

DICHOS menos JOSEFINA

PUR. (Mirando á su marido y á don Tadeito que á su vez se miran con asombro.) Muy bien. (Cambio de tono.) Pues mire usted, á mi marido le parece esto de muy buena crianza.

HOM. Mujer, hay ocasiones en que los cumplimientos... ¿No es verdad? (A don Tadeo.)

TAD. ¡Pche! (Cambia de tono.) Y por lo visto don Fernando está en casa.

HOM. Sí; parece que tiene en su despacho á varios electores.

TAD. ¿Electores ha dicho usted? ¿Está usted seguro de que son electores? (Movimiento afirmativo de Homobono.) Pues voy en seguida. (¡La ocasión es de perlas!)

PUR. Tengo entendido que...

TAD. Voy á... (Vase.)

ESCENA VIII

HOMOBONO, PURIFICACIÓN, DON FÉLIX, JOSEFINA

PUR. ¡Otro qué tal! (Airada.)

HOM. Sí; parece que no te hace gran caso. (Con socarronería.)

FÉL. (Cruza la escena en sentido inverso al de antes. Lleva en la mano el mismo periódico y continúa tan preocupado como al principio. Llega al primer término derecha; allí desaparece un instante y de allí sale de nuevo con Josefina.)

JOS. Sí; buscaba á usted.

FÉL. ¿Qué hay?

JOS. Pepe...

FÉL. Lo sé; aquí lo he visto. (Señalando al periódico.) Juan, mi sombrero. (Gritando.)

JOS. ¿Sale usted?

FÉL. Sí; á tu marido no hay manera de hablarlo; él y otros amigotes están ahora arreglando el mundo y...

JOS. Es necesario que le hablemos. Venga usted. (Queriendo llevarle al foro.)

FÉL. No hace falta. He mandado que me traigan un coche y voy á visitar al gobernador. ¡Así se hacen las cosas! (Muy satisfecho.) Juan, mi sombrero. Ten confianza en mí; esto no será nada. Juan, mi sombrero, ¡vivo!

ESCENA IX

DICHOS. JUAN con el sombrero

JUAN — No estamos ya para muchas vivezas, señor. El sombrero. (En tono regañón.)

FÉL. — Bien, hombre, bien; no hay que incomodarse. Toma. (Le da el gorro y se pone el sombrero.)

JUAN — ¿Se va usted? (En son de reproche.)

FÉL. — Sí.

JUAN — ¿Solo?

FÉL. — Tengo ahí un coche.

JUAN — ¡Un coche, un coche! ¡Hum! ¡Siempre que no haga usted alguna locura!... (Trata de limpiarle un poco el gabán.)

FÉL. — Deja, deja.

JUAN — ¿Y no sería mejor que yo le acompañase?

FÉL. — No es mejor; el asunto urge y tú no puedes darte prisa.

JUAN — Bien. (Gruñendo.) (¡Si creerá que está más ágil que yo!...)

ESCENA X

DON HOMOBONO, DOÑA PURIFICACIÓN, DON FÉLIX, DOÑA JOSEFINA; después el JARDINERO

FÉL. — Espérame. (Dirigiéndose hacia foro con doña Josefina.) Y nada digas á Fernando hasta mi vuelta.

JOS. — ¿Volverá usted pronto?

FÉL. — Muy pronto.

PUR. — ¡Mi señor don Félix, buenos días!

FÉL. — Felices. (A Josefina.) ¡Vamos, no te aflijas!

JAR. — Ahí está el coche.

PUR. — A dar un paseito, ¿eh? Bien hecho; es muy...

FÉL. — Abur. (Vase.)

JOS. — Voy... (Vase.)

PUR. — ¡Groseros!

ESCENA XI

DON HOMOBONO, DOÑA PURIFICACIÓN, FELIPE

FELIPE (Entra corriendo en el jardín, llevando en la mano dos cartas, y sin ver á don Homobono ni á su mujer, se dirige al cenador.) Aurora, ¿estás ahí?

PUR. ¡Buenos días!

FELIPE ¡Ah! (Sorprendido.) ¡Muy buenos!

PUR. ¿Busca usted?...

FELIPE Á mi hermana.

PUR. Traemos, por lo visto, correo urgente. (Señalando á las cartas que tiene Felipe.)

FELIPE Dos palabras que ha escrito Pepe á su mamá.

PUR. ¿Pepe? ¿Está preso? (Con curiosidad.)

FELIPE No, señora; acabo de dejarlo...

PUR. ¿Y dónde?

FELIPE Pues en... (Conteniéndose y sonriendo muy amable.) me han encargado la reserva. (Saludando muy fino.) Señora... don Homobono... (En voz alta.) ¡Aurora!...

ESCENA XII

DICHOS. AURORA.

AUR. No grites. ¿Qué hay? (Aparece por el último bastidor de la derecha, y poniéndose un dedo en la boca para indicarle que se calle, se dirige a Felipe y le habla en voz baja.)

PUR. También ese mocito es de oro.

HOM. Pero... (Siguen discutiendo en voz baja.)

FELIPE Pues ahí la tienes. (Dándole una carta.)

AUR. Tía Josefina, por allí va con el abuelo. (Señalando.)

FELIPE Ya me dirás lo que...

AUR. Calla; no quiero que me vean. (Señalando al cenador.) Allí estaré luego. (Vase.)

FELIPE Bueno. (Vase.)

ESCENA XIII

HOMOBONO, PURIFICACIÓN

PUR. ¡Mira la niña! (Mirando á donde estaba Aurora.) Nos ha visto y se oculta para no saludarnos. Ya lo ves, ya lo ves. ¡Cuando digo que me revientan!...

HOM. Pues, hija, vámonos, porque, según se ve, nosotros también los reventamos á ellos.

PUR. Sí, sí; vámonos. Pero que Dios me lo tome en cuenta si vuelvo á poner los pies en esta casa.

HOM. Se me figura que no van á echarte de menos.

PUR. Ya se lo diré cuando los vea.

HOM. ¡Quiá!

PUR. ¿Por qué no? (Como desafiándole.)

HOM. Porque no te gusta dar buenas noticias. (Vase.)

ESCENA XIV

AURORA

(Sale de puntillas detrás de don Homobono y de su su mujer, se pone la mano á modo de bisera delante de los ojos, como para ver si salen del jardín, y cuando puede suponerse que han salido ya, les hace unas cuantas cortesías irónicas.) ¡Vayan ustedes con Dios! (Cambia de tono.) Vamos á ver ahora qué me dice mi señor primo. (Colocándose cerca del velador al que se sentó en el primer acto.) Ya tengo libre mi gabinete de lectura, leamos. (Principia á leer la carta y sonríe muy satisfecha.) ¡Dice tan bien las cosas! (Sigue sonriendo con más complacencia cada vez.) Pero, ¿qué escribe este muchacho? (Manifestando enojo y lástima.) ¿Que podríamos vernos en casa del compañero Bravo?... (Con indignación.) Es que no sabe lo que se dice. (Quédase un rato meditabunda con la carta en la mano.)

ESCENA XV

DICHA. DON CAYETANO

CAY. Cartitas, ¿eh? (Se acerca sigilosamente á su hija y la da una palmadita cariñosa.)

AUR. ¡Ay! (Sobresaltada.) ¡Papá!

CAY. ¿Te has asustado?

AUR. Un poco. (Pausa.)

CAY. ¿Supongo que ya estarás tranquila?

AUR. ¡Ya lo creo!

CAY. ¿Porque de mí no tendrás miedo?

AUR. ¡Qué he de tener!

CAY. Vamos á verlo. (Se sienta y hace que Aurora se siente donde antes estaba.) Aquí, bajo la sombra bienhechora del árbol añoso... (Con entonación burlona y enfática.) No es añoso, pero podría serlo. Cabe la cristalina fuente... No hay fuente, pero debería haberla. Una niña bonita...

AUR. No es bonita, pero debía serlo.

CAY. (En serio.) Sí que eres bonita, y mucho... Pero prosigo: una niña bonita lee con interés una carta; esa carta ha de ser necesariamente del novio. ¿He acertado?

AUR. Sí, papá. (Ingenuamente.)

CAY. Corriente; así me gusta, sinceridad y franqueza siempre y en todo. (Pausa.) Quedamos en que esa cartita que usted leía con tanta atención y que la obligaba á meditar ¿es del novio?

AUR. Sí, papá; quedamos en eso. (Muy risueña.)

CAY. ¡Guapo! Y ahora (Con severidad afectada.) ¿puede saber su papá de usted quién es el novio?

AUR. ¿No lo sabes? Pepe. (Muy tranquila.)

CAY. ¡Ah! ¿Es ese tunante el que te ha escrito? ¿Y qué te dice? ¿A ver? (Le arranca violentamente la carta.)

AUR. ¡Ay!

CAY. ¿Te he lastimado?

AUR. Casi. (Sonriendo.)

CAY. Es que si no quisieras que leyera yo esta carta no la leería. (Principia á leer.)

AUR. Lee, papá, lee. (Sonriendo.)

CAY. ¡Pero ese muchacho es un protervo! (Sin aca-

bar de leer la carta la rompe en muchos pedazos y la arroja al suelo.) ¡Ah! Dios le libre de ponerse delante, porque haría con él lo que hago con su carta. ¡Tunante!

AUR. ¡Tranquilízate!

CAY. (Serenándose poco á poco; rato de pausa.) Pero vamos, ¿tú quieres á tu primo? Apostaría cualquier cosa á que no lo quieres.

AUR. ¡Perderías, papá!

CAY. ¿Eh?

AUR. ¡Que sí lo quiero!

CAY. ¿Que sí?... (Con ira. Movimiento afirmativo de Aurora.) ¡Te prohibo que lo quieras! ¿Oyes? ¡Te lo prohibo!

AUR. Pero, papá, si le quiero.

CAY. Pues te prohibo que me lo digas.

AUR. Entonces no seré franca. (Cayetano se pasea muy agitado por el jardín; de pronto se detiene, se sienta al lado de su hija y la abraza.)

CAY. En fin, sea como fuere, ese muchacho no me gusta para marido tuyo.

AUR. Pues no me casaré con él. (Pausa.)

CAY. ¿Y te afligirá mucho eso?

AUR. ¡Bastante!... En fin, ya lo he dicho: te obedeceré en todo.

CAY. ¡Buena muchacha! ¡Buena! (Se sienta á su lado y la acaricia.) ¿Y si en vez de ese tronera te buscase yo otro novio?...

AUR. Papá, yo preferiría que el novio me buscase á mí.

CAY. Eso quiero decir, mujer. Porque valiendo lo que vales, claro que ha de haber muchos que... y entre ellos escogería yo...

AUR. ¿Y no valdría más que yo escogiese? (Sonriente.)

CAY. No valdría más. Las muchachas no entendeis de esas cosas.

AUR. Sí entendemos.

CAY. ¡Quiá! Pero transijamos; lo escogeremos entre los dos. ¿Qué te parece?

AUR. Bien. Pero es mucha lástima que no sirva el que ya teníamos escogido.

CAY. ¿Pepe?

AUR. ¡Pepe!

CAY. No vuelvas á decirme nada de ese comediante. (Continúan el diálogo en el cenador, donde han de ser vistos por el público, pero no por las personas que haya en el escenario.)

ESCENA XV

DICHOS, JOSEFINA y FELIPE

JOS. (En la puerta del foro.) Dile que ha de venir en seguida, que se lo mando, que se lo ruego. Anda pronto.

FELIPE Voy en un vuelo.

JOS. Adiós. (Vase)

ESCENA XVI

DICHOS menos JOSEFINA. Felipe atraviesa el jardín para dirigirse al cenador

FELIPE Aurora, ¿tienes que decirme algo para Pepe?

CAY. ¿Eh? (Saliendo del cenador.) Te felicito por tu nuevo empleo. No sabía yo que te dedicabas ahora á traer á tu hermana cartitas de Pepe. ¡Muy lindo papel!

FELIPE No me dedico á eso, papá. Es un favor que me pidió el primo. Yo venía á casa; él no puede venir, me dió un recado para su madre y otro para Aurora. Pensé que ningún mal había en eso.

CAY. Pues lo hay.

FELIPE Lo tendré presente. (Hace que se va.)

CAY. ¿A dónde vas?

FELIPE A dar á Pepe un recado de tía Josefina.

CAY. ¿Otro? No quiero que alternes con tu primo. Ya lo sabes. Ni que le lleves más recados.

FELIPE Está bien, este será el último.

CAY. Es que no te permito llevar ese.

FELIPE Lo he prometido y...

CAY. (Como hablando consigo mismo.) Pero, señor, ¿qué es esto? ¿Hemos dado el ser á una generación de revoltosos? Puedes hacer lo que te

plazca; sal en busca de ese primito á quien su padre ha expulsado de casa y al que yo rechazo; pero tú verás donde has de ir luego, porque no estoy dispuesá tolerar á mi lado á hijos desobedientes.

AUR. Papá, si... (Intercediendo.)

CAY. A callar. (Bruscamente.) ¿Qué resuelves? (A Felipe.)

FELIPE Llevo á Pepe el recado de su madre. Adiós. (Vase.)

ESCENA XVII

DON CAYETANO y AURORA

CAY. ¿Pero qué es esto? (Se lleva las manos á la cabeza y se pasea como loco.) ¿A dónde vamos á parar por este camino? Aquí no hay ya ni autoridad en los padres, ni respeto en los hijos, ni sentido común en nadie. ¿Qué educación se da ahora en esos colegios? ¡Oh! Pues, por vida de mi nombre, conmigo no se divierten estos niños.

AUR. Papá, si Felipe es un alma de Dios...

CAY. Hija, para tí todos son unos infelices. (Fuera de sí.) Muchachos como Pepe y Felipe debían estar en una casa de corrección.

AUR. ¡Pobrecillos!

CAY. ¡Basta! (Dando un golpe en el velador.)

AUR. ¡Ay! (Acobardada hace esfuerzos por no llorar. Pausa. Cayetano se va calmando poco á poco; mira á hurtadillas á su hija, y al verla llorar, hace un gesto de disgusto consigo mismo.)

CAY. Vamos, niña, no hay que asustarse. Soy un poco brusco, pero te quiero... y precisamente porque te quiero me enoja... ¡Ea, esto se acabó! (Enjugándole la lágrima con su pañuelo.) Aurora, Aurorita, no llores. Tú no abandonarás á tu padre, ¿verdad?

AUR. Nunca (Abrazándolo.)

CAY. Eso es lo importante. Lo otro ya se arreglará si Dios quiere (Con energía) Eso: si Dios quiere; á nosotros los viejos, que afortuna-

damente creemos en Dios todavía, no puede faltarnos nunca el consuelo de la esperanza. ¡Bendita sea ella mil veces! (Pausa. Aurora poco á poco va tranquilizándose, se enjuga las lágrimas y comienza á sonreir á su padre, que también sonríe cariñoso. Se miran un rato y siguen sonriendo; de pronto Aurora presta atención, como escuchando un ruido.)

AUR. Viene alguien.

CAY. Es el abuelito. (Mirando hacia la izquierda.) Vete, hija mía. Pasea un poco; no quiero que te encuentre llorosa; podría figurarse...

AUR. Bueno. (Me parece que podré convencerlo.) (Vase.)

CAY. Hasta luego. (Creo que podré convencerla.)

ESCENA XVIII

CAYETANO, DON FÉLIX

FÉL. (Furioso.) Esto ya no puede aguantarse.

CAY. Muy buenos días.

FÉL. Felices. (Secamente.)

CAY. ¿Traemos mal humor? (En son de broma.)

FÉL. Malísimo.

CAY. Contra mí no será, supongo.

FÉL. Contra tí; contra Fernando; contra todos.

CAY. Eso; entren todos y salga el que pueda.

FÉL. Para bromitas está el niño. (Furioso.)

CAY. ¿Qué niño?

FÉL. Yo. (Con ira.)

CAY. ¡Ah! ¿Pues qué sucede? (Con asombro irónico. Pausa.)

FÉL. Después de guardar silencio un rato y pasearse por. el oardín, se detiene de pronto delante de don Cayetano.)

FÉL. tano.) ¿Conque has echado de casa á Felipe?

CAY. Sí, señor. (Muy serio.)

FÉL. ¿Por qué?

CAY. Porque me ha desobedecido.

FÉL. Esa no es razón. (Violento.)

CAY. Lo es para mí. (Rato de pausa. Félix continúa paseando por el jardín y habla como si no se dirigiese á nadie.)

FÉL. Ayer á Pepe; hoy á Felipe; mañana... (Dirigiéndose bruscamente á Cayetano.) ¿Pero os proponéis que nos quedemos aquí sin muchachos, que son la vida y el calor del hogar?

CAY. Cuando no son escándalo y mal ejemplo en la familia.

FÉL. ¡Escándalo! ¡Mal ejemplo! Y vamos á ver; ¿qué malos ejemplos y qué escándalo ha podido dar Felipe; esa alma de Dios? Ni Fernando ni tú, que presumís de saberlo todo, sabeis ser padres de familia.

CAY. ¿Na sabemos?

FÉL. (Con fuerza.) No.

CAY. Para educar á los hijos...

FÉL. Es necesario tratarlos mal, ¿no es eso? Pues no señor; el principio fundamental de la educación dada por un padre á sus hijos es quererlos mucho.

CAY. Pero...

FÉL. Quererlos mucho, mucho (Con energía.)

CAY. Eso es; y dejarles hacer lo que les acomode...

FÉL. Precisamente... pero procurando que lo que les acomode sea bueno. Así eduqué yo á mis dos hijas, y ya sabeis que no he tenido motivos para arrepentirme.

CAY. Creo...

FÉL. Sí; crees como Fernando, que lo mejor es echar á los chicos de casa. ¡Bonito sistema! Eso da poco que hacer y menos que discurrir. Solo que las consecuencias ya las tocais; á Pepe le persiguen para llevarle á la cárcel.. Veremos si dentro de poco le sucede lo mismo á Felipe.

CAY. (Con violencia.) A Felipe... (Conteniéndose.) Aquí está Fernando; á él puede usted decirle todo eso. (Si no me voy acabaré por soltar una fresca á este buen señor.) (Vase.)

ESCENA XIX

DON FÉLIX, FERNANDO, DON TADEITO

FÉL. Ya lo creo que se lo diré; y ahora mismo.

TAD. Ya lo sabe usted, amigo mío; terminantemente se lo han dicho esos electores: lo que usted les diga, eso hacen.

FER. Sí; me consideran y me atienden algo.

FÉL. (A Fernando.) (Tengo que hablarte.)

FER. Soy al momento con usted.

TAD. ¿Qué atender? Le obedecen en todo. Así lo han repetido con insistencia al despedirse; una sola palabra de usted bastaría para que Pepe fuese elegido.

FÉL. (A Fernando.) (Repito que necesito hablarte.)

FER. (Impaciente.) En seguida voy. (A don Tadeo.) En conciencia, ya lo sabe usted, no puedo ni debo apoyar la candidatura de mi hijo, cuyas ideas...

TAD. No; si estamos conformes y por eso solicito su protección.

FÉL. ¿Pero quieres oirme? (A don Tadeo.) Con permiso. (Se lleva aparte á Fernando.)

FER. ¿Qué hay?

FÉL. Que van á prender á tu hijo, ¿lo oyes? por lo del *meeting*. Y eso hay que evitarlo, por él, por su madre, por todos...

FER. Merecido se lo tendría, pero, en fin, veré hoy mismo al Gobernador.

FÉL. Es inútil; vengo de su casa.

FER. ¿Y qué?

FÉL. El asunto está ya en el Juzgado.

FER. Corriente; hablaremos al juez...

FÉL. Pero inmediatamente. (Con vehemencia.) Estas cosas no pueden tomarse con calma. ¿Entiendes?

FER. Sí, señor; pero entienda usted que sé cómo he de arreglar las cosas de mi casa.

FÉL. No lo sabes muy bien cuando has dado lugar á que suceda lo que sucede.

TAD. ¡Por Dios, don Félix! (Tratando de apaciguarlos.)

FER. De lo que sucede no tengo yo la culpa.

FÉL. La tendré yo. (Encogiéndose de hombros.)

FER. Acaso. (Sin poderse contener.)

TAD. Calma, amigo mío, calma. (A Fernando.)

FÉL. Eso quiere decir que yo soy responsable de lo que pasa; que yo...

TAD. Don Félix, no hay motivo para...

FÉL. Hombre, hágame usted el favor de dejarme en paz.

FER. Sí; déjelo usted.

FÉL. ¡Eso, déjelo usted, que ya chochea! ¡Ah! ¡Cómo escuecen las verdades! Si hubiera yo salido de aquí cuando pensé hacerlo...

FER. Pero...

FÉL. Nada, nada. Ya sé que tengo la culpa de todo; que soy insoportable... que... ¡Juan, Juan!

TAD. ¿Pero á dónde va usted, don Félix?

FÉL. ¡A perderlo á usted de vista, hombre! ¡Juan! (Vase.)

ESCENA XX

DON FERNANDO, DON TADEO

FER. Ese pobre señor tiene la habilidad de sacarme de mis casillas. ¿Usted se queda?

TAD. Sí; debo hablar con don Cayetano sobre lo que usted sabe.

FER. Mire usted, (Señalando á la derecha.) por allí le veo paseando con Aurora. ¡Cayetano! ¡Cayetano! Ya me ha oído. ¡Ven! (Hace señas con la mano.)

TAD. No lo moleste usted. Iré yo. (Se dirige hacia la derecha.)

FER. Pues hasta luego y buena suerte. (Vase.)

ESCENA XXI

DON TADEO, CAYETANO, AURORA

TAD. (Que se ha dirigido hacia la derecha, saluda á don Cayetano y á Aurora que le salen al encuentro por el mismo lado.) Felices días, Aurora. Está usted

hoy más linda que nunca. Supongo que el severo papá no ha de enfadarse porque digamos lo que está á la vista.

CAY. ¡Usted siempre galante! (Pausa.) Voy á ver qué me quiere Fernando.

TAD. Fernando ha ido al despacho; lo llamó á usted porque yo deseaba que habláramos.

CAY. ¿De algo serio?

TAD. De todo tiene. (Sonriendo.)

CAY. Vamos á mi cuarto. Niña, hasta luego.

TAD. Esta señorita no estorba y...

CAY. Es igual, don Tadeo, es igual. Nunca hablo de asuntos serios delante de los niños. ¿Vamos?

TAD. Vamos. ¡Aurorita! (Saludándola con mucha expresión, se queda un rato contemplándola como embelesado.)

AUR. Adiós, papá. (Como violenta por la contemplación de don Tadeo, le hace una inclinación de cabeza muy fría y se dirige al cenador.)

TAD. (¡Vale un dineral esta chiquilla!) (Sigue mirándola.)

CAY. (Desde el bastidor.) ¿Vamos?

TAD. ¡Voy, voy! (¡Es deliciosa!) (Vanse.)

ESCENA XXII

AURORA

Vaya una manera de mirarme que tiene ese pobre señor tan empalagoso... Cualquiera diría... ¡Que disparate! (Riendo.) ¡Buena la ha hecho mi señor primo! (Recoge, como sin darse cuenta de ello, algunos trozos de la carta de su primo, se sienta, y los conserva en la mano.) ¡Pobre muchacho! ¡Tan seguro como estaba él, de que iba á conquistar á papá! ¡Sí, sí; buen modo ha tenido de conquistarlo! (Pausa.) Y sin embargo yo quería... Yo esperaba... No hay que pensar en eso .. por ahora. (Sonriendo con intención) Después... después... ¡Quién sabe! (Ruido de pasos) ¿Quién? (Deja caer los papeles.)

ESCENA XXIII

AURORA y PEPE

PEPE — Soy yo, Aurora. (Coge un papel del suelo después de mirarle hace un gesto de disgusto.) ¡Ah!

AUR. — ¿Vienes, al fin? (Muy alegre.)

PEPE — Me traen. (Seco.)

AUR. — Es lo mismo.

PEPE — Es muy diferente.

AUR. — El caso es que estás con nosotros.

PEPE — Diez minutos.

AUR. — ¡Bah! Pues para eso, podías haberte ahorrado el viaje.

PEPE — Te he dicho ya que me traían.

AUR. — ¿Quién?

PEPE — Mi madre y tú.

AUR. — ¿Yo? (Muy admirada.)

PEPE — (Sonriendo con amargura.) Sí; tú, que me debías una respuesta... mi madre que me había dado una orden, necesitaba verte; quise oirla, por eso he venido. El primero de mis propósitos ya se ha realizado; te he visto y hallo en esos trozos de papel, la respuesta á mi carta; gracias, Aurora. (Con amargura.) ¡Ah! Las niñas juiciosas y sensatamente educadas sois muy crueles; no es culpa vuestra... (Interrumpiendo con el ademan á Aurora que pretende hablar.) Basta; hemos concluído. (Cambio de tono.) Debo ahora ver á mi madre, que me espera. ¿Prima, quieres... será este el último favor que te pida... ¿buscar á mi madre, y decirle que estoy aquí?

AUR. — Voy. (Se dirije hacia el foro.)

PEPE — Gracias, Aurora... Y... adios; sé felzi.

AUR. — (Retrocediéndo desde el foro.) Quiero decirte, porque te veo apesadumbrado, que no he roto yo tu carta. La rompió mi padre.

PEPE — (Con alegría y expansión.) No sabes, Aurora de mi alma; lo dichoso que soy oyéndote .. Creí... pensé .. Ya ves, te quiero tanto... tanto... (Cambio de tono.) ¿Es decir que llegó tu padre...

(Asentimiento de Aurora.) ¿Te sorprendió leyendo mi carta?..

AUR. Es verdad.

PEPE No pudiste ocultarla.

AUR. No traté de hacerlo. (Con ingenuidad.)

PEPE ¿Eh?

AUR. Ni la habría ocultado aunque hubiese podido.

PEPE Comprendo. (Afligido.)

AUR. ¿Comprendes? Pues yo no comprendo cómo viéndote triste he podido olvidar lo enojada que me tenías. Mi padre rompió en mil pedazos tu carta... (Pausa.) Acaso debí yo hacerlo antes; pero me faltaron ánimos para romperla. La habías escrito tú, y me parecía que algo había de tu alma en aquellas letras. (Seria.) Pero estaba decidida á devolvértela.

PEPE ¡Devolvérmela! (Con tristeza.)

AUR. (Recobrando su tono de ingenuidad.) Pues claro, hombre. Y á repetirte que te quiero mucho con toda mi alma que es muy grande... Pero que no voy á convertirme en una de esas chicas imposibles y ridículas, que no hay en ninguna parte como no sea en los folletines descabellados que corto de los periódicos.

PEPE Pero es que...

AUR. (Interrumpiéndole.) Será inútil cuanto me digas... Tienes muchísimo talento, y yo soy una chiquillaque nada sabe; perono lograrás convencerme de que un muchacho y una muchacha para quererse han de ser precisamente tontos de capirote.

PEPE Extraña idea tienes del amor.

AUR. Quien la tiene extraña eres tú. Yo pienso del amor lo que todo el mundo. ¿Me quiéres? Bueno, yo también. ¿Deseas ser mi marido?... Mira, eso... eso... empieza ahora á ser algo difícil, porque mi padre está muy enojado contigo; pero creo que si me empeñara yo lograría que te perdonase...

PEPE ¿Que me perdonase?... ¿El qué? (Indignado.)

AUR. Eso que le has dicho de que es burgués... ¡Qué sé yo! De eso no entiendo nada, ni

me importa. (Pausa.) ¿Y á tí qué te cuesta decirle que no es burgués, y que te parece un buen señor? Y es verdad, créelo. (Pausa.) Y así, por sus pasos contados, tranquilamente podíamos casarnos como Dios manda y como se casan aquí los que se casan sin raptos, ni disgustos, ni ruidos, y sin que intervenga el compañero Bravo. (Transición.) Que no parece sino que has discurrido con algún loco para escribir todas las atrocidades que ponías en tu carta.

PEPE Bien se ve que no sabes de amor aún. Si yo fuese para tí el ser amado, entre una orden de tu padre y un ruego mío...

AUR. Pero...

PEPE No más; en esto no se vacila ni se duda; la duda es desamor.

AUR. Es que no dudo.

PEPE ¿No?

AUR. Sin vacilar obedecería á mi padre.

PEPE (Triste.) Eso quiere decir que renuncie á toda esperanza; procuraré hacerlo. Sé muy dichosa, y perdona á tu pobre primo el crimen de haberte querido con toda su alma. Acaso sea esto un bien para todos... Yo necesito crearme una posición... ¿Quién sabe si lo conseguiré, ó si seré vencido en la lucha? (Pausa breve. Cambio de tono. Ironía amarga.) Comprendo que una niña tan juiciosa y tan prudente como mi prima Aurora no ame á este infeliz desheredado, que, al ofrecer su amor, sólo ofrece con él un cerebro que piensa con rectitud y un corazón que ama con entusiasmo... ¡Es tan poco eso!...

AUR. Tratándome así eres injusto, ¿lo sabes?... No quiero defenderme. ¿Deseabas hablar á tu madre?... Voy en su busca. Espera.

PEPE Esperaré.

ESCENA XXIV

PEPE en el cenador sentado. DON TADEO y DON CAYETANO

TAD. Pues adiós; confío en que usted hará cuanto le sea posible...

CAY. Está dicho. Hoy hablaré con Aurora, y si ella acepta, le concederé su mano.

PEPE (¿Qué oigo?... ¿Estoy soñando?.. ¿Ese?...)

TAD. En manos de usted pongo... (Vase.)

CAY. (Riendo.) En buenas manos está. Hasta luego. (Vase por la escalera.)

ESCFNA XXV

PEPE, DOÑA JOSEFINA, AURORA

PEPE ¡Pero ese viejo es un miserable! Voy... (Se lanza como á perseguirlo y se contiene.) ¿Y con qué derecho?

JOS. ¡Pepe, hijo mío!

PEPE ¡Madre! (Se abrazan tiernamente.)

JOS. ¡Cuántos deseos tenía de verte y abrazarte! ¿Y tú?

PEPE También lo deseaba.

JOS. Pues bien; es necesario que huyas, que te ocultes. Quieren prenderte.

PEPE Eso no vale nada.

JOS. Pero yo no quiero que te prendan. Solamente el pensar que estabas en la cárcel me mataría.

PEPE Vamos, no pienses ahora en eso; y si no tienes más qué decirme... abrázame, y adiós.

JOS. ¿Cómo adiós?

PEPE Sí; puede llegar mi padre de un momento á otro. (Aurora, que durante el diálogo ha recorrido el jardín en varias direcciones y ha recogido flores para hacer un ramo, se acerca á su tía y se lo da.)

AUR. Sí, ahí está.

PEPE ¡Adiós! (Tratando de irse.)

JOS. No te vayas. (Deteniéndole.)

PEPE Oigo ya á mi padre; no debe verme; no quiero que me vea. (Procura desasirse.)

JOS. Por Dios, hijo mío, ¿quieres matarme?

AUR. (Mal corazón.) (A Pepe.)

JOS. Quiero decirte aún muchas cosas. Espera, al menos, á que hayamos concluído... después... te dejaré en libertad. Espera ahí. (Movimiento de resignación en Pepe. Entra en el comedor doña Josefina; y Aurora quedan fuera.)

ESCENA XXVI

DOÑA JOSEFINA, AURORA, DON CAYETANO, DON FERNANDO y GALCERÁN

GAL. (Que entra por la izquierda y ve á don Fernando y á don Cayetano que bajan por el foro.) Señor don Fernando...

FER. ¿Ocurre algo, amigo Galcerán?

GAL. Sí ocurre. Deseaba yo hablar á usted reservadamente.

FER. La reserva es inútil. (Bajando al proscenio.) Se trata de mi hijo, ¿verdad?

GAL. Precisamente.

FER. Todos estamos ya enterados y puede usted hablar sin inconveniente.

GAL. Entonces... Ello, como usted puede figurarse, no será nada; pero, en fin, tengo la orden de proceder á su busca y captura.

FERN. Pues no hay sino acatar la orden... (Muy serio.)

GAL. ¿Y no cumplirla? (Aparte á él y confidencialmente.)

FERN. Y cumplirla. (Más serio,)

GAL. Está bien; pero como soy agradecido y debo á usted el pan de mis hijos, vengo á decirle que dentro de una hora practicaremos aquí un registro. Entretanto puede procurarse al reo un lugar seguro.

JOS. Gracias, Galcerán.

GAL. Señora, eso no...

FERN. Gracias por la intención; pero ni acepto el

aviso ni el plazo. El registro puede comenzar ahora mismo.

CAY. (¡Este Fernando es más duro que yo!)

JOS. (¡Ay Dios mío!) (Muy angustiada.)

GAL. Como usted guste. (Acercándose á la izquierda.) A ver, Gutiérrez... (Se presentan al bastidor dos agentes de Orden público.)

AUR. (Que no registren...) (A su padre.)

FERN. Desde luego advierto á usted, amigo mío, que la diligencia será infructuosa. Mi hijo no está aquí hace ya ocho días. Eso no obsta para que..

GAL. (Inclinándose con humildad.) De ninguna manera; la palabra del señor senador es para mí garantía más que sobrada. Doy por practicada la diligencia. Señora... Señores... (Saludando. Vase con los agentes.)

ESCENA XXVII

DICHOS menos GALCERÁN y los agentes. Aurora ha seguido á los agentes y está un instante mirando hacia la izquierda

AUR. ¡Ya se fueron! ¡Benditos de Dios vayan! ¡Pobre tiíta! ¡Qué susto nos han dado!

JOS. ¡Ay, Dios mío! Ya puedo respirar. Temía que ese hombre registrara la casa.

FERN. ¿Y qué?

JOS. ¿Y qué? Que hubieran encontrado á nuestro hijo.

FERN. Pero, ¿está aquí? (Movimiento afirmativo de Josefina.) ¿Y has permitido que yo engañe al representante de la Autoridad?

JOS. Y á todo el mundo hubiese yo engañado porque no prendiesen á mi hijo (Muy resuelta.)

FERN. Está bien, señora; pero como yo pienso en el asunto de muy diferente manera, exijo que ese revoltoso á quien no asusta perturbar la sociedad y amedrentan unos días de cárcel, salga inmediatamente de aquí.

PEPE Ahora mismo. (Saliendo violentamente del cenador.)

CAY. ¿Estabas ahí? (Dando un paso atrás con asombro.)

JOS. ¡Hijo mío!

FERN. Ni debo, ni quiero hacerme cómplice de quien está reclamado por los tribunales. Mal se avienen esas timideces de ahora con las osadías revolucionarias del *meeting*.

JOS. (Eres cruel, Fernando.)

FERN. Soy justo.

PEPE (Abrazando á su madre cariñosamente.) Ya ves como yo tenía razón cuando me negaba á permanecer al lado tuyo; vine por obedecerte, me oculté por no atormentarte... no me arrepiento de haberlo hecho, que por tí lo hice. Adiós, madre; voy á cumplir con deberes de conciencia que mi padre me ha recordado... muy duramente... Cuando esos deberes estén cumplidos me reuniré con hermanos míos, á quienes no parezco un desalmado, ni un monstruo Adiós.

JOS. ¡Vírgen santísima! (Ocultándose el rostro entre las manos)

PEPE (Abrazándola.) No te aflijas, madre de mi alma; cuando he dicho adiós he querido decir hasta muy pronto.

FERN. Hasta cuándo, tú has de decirlo.

PEPE Confío en que seas tú quien lo diga. (Irguiéndose con arrogancia.) Me engrandece á mis propios ojos verme libre de un bienestar que no había yo adquirido con mi trabajo. Eso, todo lo que no me debía á mí mismo, me abrumaba. Verás, verás, como tu hijo, el hijo pródigo, sirve para algo, y te convences de que valen más de lo que tú crees los jóvenes de ahora. A los piés de usted, señora de Dupuy. (Se dirige á la izquierda, y allí encuentra á Aurora, que le escucha embelesada. La saluda irónicamente. Vase)

ESCENA XXVIII

DICHOS menos PEPE

AUR. ¿Eh? (A su padre) ¿Pero se ha vuelto loco?

FERN. (¡Tiene fibra y tesón! ¿Habré sido injusto con él?) (Pensativo.)

ESCENA XXIX

DICHOS, LA JUANA, EL JARDINERO

JARD. Muchacha, aquí no puede entrarse de esa manera.

JUANA Pues mire usted, buen hombre; no tengo tiempo para entrar de otra. (Dirigiéndose resueltamente á Aurora.) Aquí veo á la señorita Aurora; muy buenos días.

AUR. Pero... señora... no conozco á usted...

JUANA Es claro; pero yo sí conozco á la prima de don Pepe el médico, y como precisamente venía á buscarlo.

FERN. Pues no está. (Seco.)

JUANA ¿Que no está? ¡Caramba! (Muy contrariada.) Pues si me dijo que venía aquí.

AUR. ¿Se lo dijo á usted? (Indignada.)

JUANA Don Pepe me lo dijo; sí, señorita.

AUR. ¿Pero usted, quién es?

JUANA Cierto que no lo he dicho; venía tan aturdida... Pues soy Juana, la hija del compañero Bravo.

AUR. (¡Dios mío, Juana! ¡Qué guapa es!)

CAY. (A su hija.) (¿Qué te parece el primito Pepe? (A Juana.) Pero bien, señora, ¿Podemos saber lo que á usted se le ofrece?

JUANA (Muy fresca.) Pues mire usted, señor, nada ya. No estando aquí don Pepe viaje perdido. Porque don Pepe, ¿me entiende usted? para ahora en casa.

CAY. ¿Qué tal? (A Aurora.)

JUANA Y como andan rondando la calle unos pajarracos de la secreta, mi padre me dijo: «Llégate allá y dile á don Pepe que no parezca por aquí, porque me temo que estos tíos van á darle un disgusto...» Conque á eso venido; pero no estando él es como si no hubiese venido. (Cambia de tono y á son de censura.) No le habrán ustedes tratado bien do se ha marcha cuando tan pronto. Ea, voy á ver si le alcanzo y logro que no vaya á casa. Buenas tardes. (Vase.)

ESCENA XXX

DICHOS menos JUANA

JOS. Ya lo ves: le persiguen; (á su marido.) le prenderán.

FERN. Sosiégate, por Dios, Josefina; ahora mismo voy á gestionar para evitarlo.

JOS. Sí, Fernando mío, sí; me mata la idea sola de que mi hijo entre en la cárcel. Anda.

FERN. Puedes estar tranquila. Esto no será nada. Las cosas políticas se toman ahora á juego. ¿Vienes? (A Cayetano.)

CAY. Te acompaño. (Vanse.)

ESCENA XXXI

AURORA, JOSEFINA. Quedan un rato silenciosas y como entregándose cada nna á sus meditaciones

JOS. ¿Te parece que habrá alcanzado á Pepe esa pobre muchacha?

AUR. ¿Quién, la Juana? ¡Vaya si le habrá alcanzado!... Como una desesperada corría. (Pausa.) También yo hubiera corrido, pero...

JOS. Gracias, Aurora, muchas gracias. (Besándola.)

AUR. Ella... parece que le quiere mucho. ¿Verdad? (Movimiento afirmativo de Josefina.) Y es muy guapa, muy guapa.

ESCENA XXXII

DICHOS y FÉLIX, JUAN con maleta, sombrerera y manta de viaje.

JUAN Bien; ¿pero á dónde vamos con todo esto?

FÉL. A cualquier parte.

JUAN ¿Y dónde es eso?

FÉL. Por ahí... A casa del compañero Bravo. Allí con la gente moza, con los muchachos, que al menos tienen buen humor y... andando... (Viendo á las mujeres.) ¿Qué os sucede?

JOS. ¡Ay, padre mío, qué trastorno tan grande!
AUR. Abuelito, soy muy desgraciada.
FÉL. ¿Tú también?
JOS. Pepe estará preso á estas horas.
FÉL. ¿Preso? Calla, mujer, calla, que no lo permitiremos ni Fernando ni yo.
AUR. (A don Félix.) (Y él ¿lo creerás? todo se lo cuenta á la Juana...)
FÈL. ¿A la Juana? ¡Qué picardía!
AUR. Y á mí quieren casarme con don Tadeíto.
FÉL. ¿Con ese contemporáneo mío? ¡Qué absurdo! Tranquilízaos. (Abrazado á las dos.) Todo lo arreglará el abuelito. Toma. Llévate eso.
JUAN ¿Pero nos vamos ó no nos vamos?
FÉL. Nos iremos mañana.

TELÓN

ACTO TERCERO

Habitación de casa pobre; humilde, pero cuidadosamente amueblada. Puerta al foro. Dos laterales; á la derecha, balcón practicable en segundo término; entre el balcón y el telón de foro una mesa de escritorio; en ella un retrato de fotografía en caballete.

ESCENA PRIMERA

Aparece PEPE sentado á la mesa y leyendo cartas. Después de estar un rato ocupado en romper sobres y cartas, separa, como hastiado, el montón que forman encima del pupitre y se pasa la mano por la cabeza

Todos lo mismo; que trinfaremos. (Pausa.) Ya lo creo que triunfaremos... Pero ¿cuándo? El asunto no es llegar, sino llegar pronto. No, no me arredra la lucha; ¡pero es tan larga! ¡y va tan deprisa el tiempo! (Queda un instante como abrumado.) Pero ¿qué es esto? Ocho días de cárcel y tres semanas de enfermedad, ¿habían de rendirme? ¡Pues no faltaba más! (Se levanta muy animado.) Hoy he menester de toda mi energía. Hoy saldrá de las urnas mi triunfo ó mi derrota. Si venzo, habré dado el primer paso, el más difícil siempre, en la realización de mis aspiraciones. Si soy vencido... si soy vencido... (Como desechando pensamiento triste.) ¡Bah! No lo seré... y si lo soy... volveré á empezar. Ahora pensemos solamente en la lucha. (Se pone el sombrero, toma el bastón y descuelga la capa.) ¡Qué pobre

y qué ruin es esta naturaleza humana! ¡Pues no estoy débil! ¡Qué... si apenas puedo andar! ¡He de poder y he de ir! (Dando una patada en el suelo.) ¿Qué es esto? (Cuando se halla en traje de calle se dirige á la puerta del foro, que halla cerrada.) Vamos, ¿á que ese aturdido de Bravo me ha dejado preso? No; pues aunque sepa echar la puerta al suelo... (Empieza á dar golpes en la puerta; después de sacudirla dos ó tres veces se muestra cansado y se enjuga el sudor de la frente.)

ESCENA II

PEPE, la JUANA

JUANA (Entreabre poco á poco la puerta del foro y asoma por ella la cabeza.) ¿Quería usted algo?

PEPE ¡Ah! ¿Eres tú? Bendita seas.

JUANA Bendito sea Dios.

PEPE Amén. ¿Cómo no estás en el obrador?

JUANA Traje anoche tarea para casa porque mi padre había de salir y no era cosa de dejar solo al enfermo.

PEPE ¿Salió tu padre?

JUANA Sí, fué al colegio; eso, al colegio... (Riéndose.) ¡Mire usted que á sus años!

PEPE Pues voy... (Intentando salir.)

JUANA ¿Al colegio? (Sonriendo.)

PEPE Precisamente.

JUANA Antes, almuerce usted.

PEPE ¿Quién piensa ahora en eso?

JUANA Pues sin almorzar no se sale. (Cerrando la puerta.)

PEPE ¡Juana!

JUANA Es la orden. (Desde dentro.)

PEPE ¡Pero si no quiero almorzar!

JUANA Pues no le dejo salir.

PEPE Derribaré la puerta.

JUANA Mientras usted derriba esta, cierro las otras.

PEPE Capitulo.

JUANA ¿Eh?

PEPE Que almorzaré. (¡Es posible que tenga razón!)

JUANA ¿Me da usted palabra de no escaparse? (Entreabriendo la puerta.)

PEPE Te la doy. (Dejando la capa en una silla.)

JUANA Entonces estamos seguros. (Abriendo la puerta de par en par.) En un momento pongo la mesa; en otro momento almuerza usted y en seguida... al colegio. (Empieza á poner la mesa en la mesa de escritorio y coge el retrato.)

PEPE ¿Qué haces, mujer? (Sobresaltado.)

JUANA No se asuste usted, hombre. (En broma.) Es que voy á colocar á esta señorita de modo que le vea á usted almorzar. Así; esto es. Mírela usted cómo se ríe; parece que está diciendo: Te requiero con toda el alma.

PEPE Pues te has equivocado, chiquilla; no me quiere.

JUANA Vaya... ¿Y quién le ha contado á usted eso?

PEPE Ella me lo ha dicho.

JUANA Lo dirá, pero otra le queda.

PEPE ¿Qué sabes tú? (Sonriendo.)

JUANA ¿Pues no lo he de saber? Y usted también; sino que gusta de que le regalen el oído.

PEPE Bueno.

JUANA ¿Pero no almuerza usted?

PEPE Sí, hija, voy allá. (Comienza á almorzar.)

JUANA. ¿Qué tal? (Que le mira con interés.)

PEPE Delicioso; eres una gran cocinera.

JUANA Pues cuando usted se case me nombra usted...

PEPE No, hija mía; vales tú para mucho más... y luego yo no me casaré. Esta primita que, según tú dices, me quiere tanto, me ha despedido.

JUANA ¿Por qué?

PEPE Porque se lo mandó su padre.

JUANA ¡Mire usted qué graciosa! ¡Pues hizo bien!

PEPE ¿Qué hizo bien?

JUANA Y muy bien; porque cuando el padre no quiere... por algo es. Usted se traerá la mar de líos. (Con malicia.)

PEPE ¡Muchacha!... Yo no he tenido nunca líos, y... ojalá tu novio tenga los mismos líos que yo.

JUANA ¡Novio!... Dios lo dé. Eso anda muy mal, don Pepe.

PEPE (Con cariño.) A tí, tan guapa, tan trabajadora y tan buena, te sobrarán. Así has de tenerlos. (Juntando los dedos) Y cuando te cases seré tu padrino, ¿quieres?

JUANA ¡Pues no he de querer!... Y que Dios le oiga á usted.

ESCENA III

PEPE, FELIPE

FELIPE ¡Buenos días!

PEPE ¿Cómo está mi madre?

FELIPE Ya está muy bien; ayer se levantó.

PEPE (Invitándolo.) ¿Quieres...?

FELIPE Lo que quiero es sentarme. No puedo con mi alma. (Pausa.) Ni con mi cuerpo, que es el que más pesa. (Sentándose.)

PEPE ¿Tanto has andado?

FELIPE ¡Y con buen resultado por cierto! (Con amargura.)

PEPE ¿Cómo?...

FELIPE Que todas las puertas se me cierran. (Pausa y cambio de tono.) Pero déjame principiar por lo que atañe á tí. (Juanita, á quien parecen molestar las miradas de Felipe, se va.)

PEPE Como te acomode.

FELIPE Muchos electores de Villaleona que votaron siempre á tu padre presentan allí tu candidatura enfrente de la de tu amigo don Tadeo...

PEPE Don Tadeo no es mi amigo, y se lo diré con claridad en la primera ocasión que se presente. Lo de mi candidatura lo sé ya. (Señalando el montón de cartas que hay en la mesa.) Ahí tienes docenas de cartas en que me lo dicen. Si mi padre hubiera pronunciado una sola palabra, ó escrito una sola línea, mi triunfo era indudable. (Sonriendo.) Parece que mis folletos han producido allí algún efecto... (Momento de pausa.) Se me hace tarde; (Mirando al reloj.) díme ahora lo que á tí te interesa. (Poniéndose en pie.)

FELIPE Que me faltan alientos para seguir luchando.

PEPE Hombre... (En son de censura.)

FELIPE Me he convencido de que no se puede con los viejos. ¿Por qué no reventarán todos?

PEPE Déjalos vivir. (Sonriendo.)

FELIPE Pues que nos dejen vivir ellos. ¡Caracoles! Si lo tienen todo monopolizado: el periodismo, la novela. el teatro... Pues ¿y la política? Ahí estás tú que tienes popularidad, y que vales, y... ya me conoces... sabes que no te adulo; pues no serás diputado. ¡Qué lo has de ser! ¿Y quiénes lo serán, en cambio? Aquí, en Madrid, un don nadie, un anciano, consecuente progresista, de quien sólo se sabe que en 1853 estaba suscrito á *El Clamor público*; allá, en Villaleona, don Tadeito, que se pinta solo... el pelo y las barbas. Esos te quitarán puestos en que tú, joven, harías algo, mucho, y en que ellos no harán nada.

PEPE ¿Quién sabe?..

FELIPE Lo sé yo. Y si no, aquí está el compañero Bravo, (Señalando á la puerta.) que viene, de seguro, á traerte noticias.

ESCENA IV

DICHOS. El COMPAÑERO BRAVO

BRAVO Y muy malas. Felices días.

PEPE ¿Qué hay, amigo Bravo?

BRAVO Hay, que nos minan el terreno á ojos vistas. Los reaccionarios están pagando los votos á dos pesetas.

PEPE ¡Quiá! (Juana entra, quita la mesa y vase.)

BRAVO Lo he visto yo. Y no se ocultan ni los que compran, ni los que venden.

PEPE ¡Qué vergüenza!

BRAVO Eso les he dicho, ¿y sabe usted lo que me han contestado? Que el voto es suyo y que pueden hacer de él lo que les parezca y que me vaya á freir espárragos. Pero, anda, que al que lo ha dicho le dí un achuchón que

no le habrán quedado ganas de repetir la gracia. Y si no es por el abuelito de usted que venía hacia aquí...

PEPE ¿Viene solo?

BRAVO No, viene con don Tadeito. Yo me adelanté...

PEPE Pues me alegro de que venga don Tadeito! las va á oir buenas.

BRAVO Por adelantarme dejé al... ¡que si no!... ¡Pues buen humor traía el muchacho para oir insolencias!...

PEPE ¿Está usté de mal humor?

BRAVO Mucho.

PEPE ¿Pues qué le sucede á usted, hombre?

BRAVO Que no encuentro donde trabajar. ¿Le parece á usted poco? Lo que no me ha ocurrido en veinte años.

PEPE ¿Falta trabajo?

BRAVO Trabajo hay; lo que ocurre es que todos los días cae una plaga de muchachos (que ni para aprendices sirven pero que las echan de maestros) y nos quitan el pan á los viejos, á más de deshonrar el arte. Todo será hasta que nos hartemos los trabajadores de verdad y digamos á esos trastos: «Ea, paso al trabajo serio: nosotros al taller, los chicos á la escuela.»

FELIPE ¡Bonito progreso!

BRAVO El progreso no consiste en morirse de hambre.

FELIPE Los jóvenes tenemos derecho á vivir.

BRAVO ¡Voto al.. también tienen derecho á vivir los viejos.

ESCENA V

DICHOS, DON FÉLIX y DON TADEITO

FÉL. (Que entra muy fatigado.) Sí; vivamos todos hasta que Dios disponga, y haya paz, que para todos habrá sitio. Y déjenme ustedes tomar asiento. (Se sienta.)

TAD. Señores...

PEPE Abuelo, bien venido.

FÉL. Bien hallado, nieto. Vamos, ya estas más fuerte.

TAD. Esa cara ya es otra cara. No puede usted figurarse como celebraremos todos sus amigos que mejore pronto, y...

PEPE Gracias. (Interrumpiéndole con frialdad.) Pues sí, abuelo; estoy completamente bien.

FÉL. Algo menos será. (Sonriendo.) Porque si estuvieras bien del todo, serías un infame...(Serio)

PEPE Pero abuelo....

FÉL. Sí señor, un infame, por no haber ido á ver á tu pobre madre, á quien matarás á disgustos, y que ha estado algo peor que tú.

PEPE Pero...

FÉL. ¿Qué pero, ni que?... De seguro, el verte sano y bueno y libre, abreviaría su convalecencia. (Movimiento de Pepe.) Quita de ahí. Si no sé como vengo á verte.

TAD. No le crean ustedes, porque no hace todavía diez minutos, que estaba en casa de los papás diciendo todo lo contrario... Allí reñía al padre; aquí al hijo..

FÉL. Eso; y en otra parte al Espíritu Santo.

TAD. ¡Qué afán de reñir siempre á todos!

FÉL. Sí, los viejos, somos muy gruñones.

PEPE (Abrazando á don Félix.) De todas maneras, el proceder de quien en casa de mis padres los regaña á ellos para defenderme, y en presencia mía me regaña á mí para defenderlos, me parece más noble y más honrado que el de quien, para halagar á mi padre, le habla mal de mí, y para lisonjearme á mí, censura á mi padre. A los que tal hacen, algunas veces se les atiende más; pero siempre se los estima menos.

TAD. (Algo confuso.) No sé como debo interpretar esas palabras.

PEPE (Muy serio.) Puede usted interpretarlas como guste.

TAD. Aunque me he conducido siempre con lealtad, en el tono empleado por usted me ha parecido vislumbrar no sé que extraña alusión á mi persona.

PEPE Le ha parecido á usted perfectamente; á usted aludía.

TAD. Pero, amígo mío... (En son de protesta.)

PEPE. Yo no soy amigo de usted, ni usted lo ha sido nunca mío. Usted pide en matrimonio la mujer á quien amo; usted presenta su candidatura frente á la mía, sabiendo que este asunto es para mí de vida ó muerte, ¿y todavía pretende usted que lo tenga por amigo? Pero ¿como entiende usted la amistad, caballero?

TAD. Esto quiere decir...

PEPE. Esto quiere decir... (Tratando de contenerse.) lo que digo, y algo más que callo, por respeto á estos señores y á esas canas.

FELIPE (Teñidas.)

TAD. Don Félix, usted es testigo de que he venido diariamente á enterarme de la salud de don Pepito; usted sabe que...

FÉL. ¡Eh! De los chicos no hay que hacer caso. Son mala gente, y le sueltan una fresca al más pintado. (Risas generales.) ¿De qué se ríen? (Mirando á todos con extrañeza hasta que, fijándose en la cara triste de don Tadeo, cae en la cuenta del equívoco y se ríe también.)

TAD. Ya comprende usted, (A don Félix.) que después de esto, no me queda más remedio que salir de esta casa para no volver á ella.

FÉL. Yo haría lo mismo. (Con naturalidad.)

TAD. Pues muy buenas tardes. (A Pepe.) Tendrá usted noticias mías, caballero. (Yo te aseguro que has de arrepentirte de lo que has hecho.) (Vase.)

ESCENA VI

DICHOS menos DON TADEO

FÉL. Pero muchacho... eres atroz.

PEPE Crea usted que he necesitado contenerme mucho para no faltarle á usted al respeto; porque ese don Tadeo...

BRAVO Es muy mala persona. En fin, vuelvo á los colegios á rabiar otra vez. (Levantándose.)

FÉL. Hombre, ¿á rabiar?

BRAVO Sí, señor, porque están haciendo á don Pepe—candidato del partido socialista obrero—una guerra indigna y miserable.

FÉL. ¡Siempre pasó lo mismo!

BRAVO Pero ahora más que nunca. Le digo á usted que... Vamos, se le quitan á uno las ganas de mezclarse en estas farsas de elecciones y de... Si no fuese porque nosotros queremos llevar al Congreso un representante de nuestras ideas, y sobre todo si no fuera por lo que estimamos á don Pepe, ¡cualquiera nos hacía votar!

FÉL. ¿Conque ustedes quieren mucho á este perillán?

BRAVO Mucho... Como que él solo vale más que todas las candidaturas burguesas juntas, ¡y más veces he tenido intención de hundir á uno el cráneo de un puñetazo! (Hace ademán de pegar un puñetazo.)

FELIPE ¡Qué atrocidad!

FÉL. Hombre, no hay que tomar las cosas tan á pecho. (A Pepe.) Vamos, chiquillo, vente á dar un abrazo á tu madre. Si te derrotan—que sí te derrotarán, á pesar del compañero Bravo,—los abrazos de aquella santa lograrán atenuar tu disgusto.

PEPE Vamos.

BRAVO Vamos. (El compañero Bravo se dirige primero que nadie á la puerta; al llegar allí cae en la cuenta de que vienen detrás otras personas, y se detiene, cediéndolas el paso.) Perdonen ustedes.

FÉL. Es igual.

BRAVO No es igual; ustedes primero.

FÉL. Sea. (Sale seguido de Pepe.)

BRAVO (Desde la puerta en voz alta.) Juana, hasta luego; te dejamos otra vez sola.

FELIPE ¿Sola? Conmigo. (Sonriéndose.)

BRAVO ¿Usted no viene? (Con indiferencia.)

FELIPE Tengo que escribir.

BRAVO Da lo mismo Los muchachos no cuentan. (Vase.)

ESCENA VII

FELIPE solo

¡Muchacho! A estos hombrones, todo el que no es tan bruto como ellos les parece niños. Y á propósito, este compañero Bravo, una especie de salvaje al natural, sería un gran tipo en el teatro.

ESCENA VIII

FELIPE y JUANA

JUANA (Entrando algo sobresaltada.) ¿Pero quién habla aquí? (Viendo á Felipe.) ¡Pues si es don Felipe!
FELIPE En persona.
JUANA Padre dijo: «Te quedas sola.»
FELIPE Pues nada, te quedas conmigo.
JUANA Ni con usted ni con nadie; usted á sus quehaceres, yo al mío. (Se dirige hacia la puerta.)
FELIPE ¿Ya te vas?
JUANA Hay prisas.
FELIPE Lo que hay son penitas del alma para quien está queriéndote hace tiempo.
JUANA ¿Y quién es ese desdichado? (En son de broma.)
FELIPE Presente. (Señalándose á sí mismo.)
JUANA ¡Qué guasón está el tiempo! (Hace que se va.)
FELIPE Cuando te digo que eres la costurera más retrechera... (A que me sale un duo para una zarzuelita.)
JUANA Vaya, don Felipe, déjese usted ahora de canciones.
FELIPE Pero quiéreme un poquitín.
JUANA Yo no quiero más que á mi novio.
FELIPE ¿Y quién es tu novio?
JUANA Pues... un hombre...
FELIPE Ya me lo figuro.
JUANA Que quiere casarse conmigo.
FELIPE ¿Casarse? Pero ¿quién piensa ya en eso?

JUANA Oiga usted... (Muy enojada.)

FELIPE No quiero ofenderte, chiquilla, pero ¿no sabes que ahora vamos á suprimir el matrimonio?

JUANA ¿Qué? ¿Pues entonces, cómo se casarán las gentes?

FELIPE Pues no se casarán. Eso es ya muy viejo y muy cursi.

JUANA ¡Qué barbaridad!

FELIPE Pues tu padre piensa lo mismo.

JUANA ¡Quiá!

FELIPE Te digo que sí.

JUANA Pues yo le digo á usted que no. Si conoceré yo á mi padre. El creerá lo que crea y dirá lo que diga; en eso no me meto; pero tocante á que nadie saque de casa á su Juanilla de su alma sin entrar antes por la iglesia diga usted que no. Y al que se atreviera á decírselo le pegaba un trancazo que lo dejaba estropeado para un trimestre.

FELIPE Pero como tú no serás tan arisca, si yo, es un suponer, te diera un abrazo... (Intenta dárselo.)

JUANA Yo le pegaría un bofetón que iba á parecerle que se lo había dado mi padre.

FELIPE (Retrocediendo y riéndose.) ¡Já, já, ja! No te enfades. ¿No comprendes que es broma todo?

JUANA Ya me hago cargo; también es broma lo de la bofetá. (Se ríe.)

FELIPE ¡Qué bromista eres! ¡Já, já, já!

ESCENA IX

DICHOS, DON CAYETANO, DON FERNANDO

CAY. Mira dónde hallamos al niño perdido. (Deteniéndose en el umbral, á Fernando.)

FERN. Si no en el templo discutiendo con los doctores, conquistando mozas de rompe y rasga.

JUANA Oiga usted, señor; ni soy moza de rompe y rasga ni á mí me ha conquistado nadie. ¿Estamos? (Cambiando de tono y con cierto des-

dén.) El señor espera á su primo don Pepe. Me había preguntado una cosa y le he contestado como he sabido. Y ahí se quedan ustedes con él si vienen en su busca. Don Pepe no tardará en estar de vuelta. (Vase.)

ESCENA X

FELIPE, FERNANDO, CAYETANO

FELIPE Pues también yo, si tú me lo permites y el tío, voy á...

CAY. A ninguna parte. (Deteniéndole de un brazo.)

FELIPE Pero...

CAY. ¿Es aquí dónde ha pasado usted el tiempo que lleva fuera de casa?

FELIPE Aquí.

CAY. Ya sé, ya sé, cómo, tomándome las vueltas iba usted casi diariamente á ver á su hermana y á saber de su tía.

FELIPE Y de tí también... y de usted... (Fernando se encore de hombros.)

CAY. Corriente; de todos. (Encogiéndose de hombros.) Pero durante ese tiempo ¿cómo ha vivido usted? ¿Ha encontrado usted alguna ocupación?

FELIPE Todavía no... pero... (Contrariado.) Pepe es muy querido en estos barrios y tiene buena clientela; visita gratuitamente á muchos pobres... pero así y todo gana bastante... Además, escribe folletos que...

FERN. Ya sabemos...

CAY. Con eso habrán vivido él y esta nueva familia suya... Pero... ¿y tú estás viviendo á expensas de tu primo? (Quiere protestar Felipe.) Calla; no tienes dignidad, ni vergüenza.

FELIPE Pepe y yo tenemos bolsa común, lo suyo es mío; lo mío suyo.

CAY. ¡Peregrina comunidad! Lo suyo es todo; lo tuyo nada... anda de ahí..: gorrón.

FELIPE Ya ganaré y....

CAY. ¿Qué vas á ganar tú, muñeco?

FERN. Sí, hombre, ¿por qué no ha de ganar lo

mismo que el otro? Retírate ahora y no irrites más á tu padre. ¿No tenéis otra habitación?

FELIPE — El dormitorio. (Señalando.)

FERN. — Bien, déjanos solos; pero no te vayas de casa; tal vez te necesite yo para algo.

FELIPE — Está bien; aquí me tendrán ustedes cuando quieran. (Vase.)

ESCENA XI

CAYETANO, FERNANDO. Cayetano después de una pausa, durante la cual se han mirado los dos cuñados como sin atreverse á decir lo que piensan

FERN. — Me parece excesiva rigidez la tuya.

CAY. — (Mal humorado.) ¡Puedes hablar, hombre! ¡Cuando con tus intransigencias exageradas promoviste el conflicto!

FERN. — ¡El conflicto! El conflicto lo causó tu enojo por lo que Pepe había dicho en el *meeting*.

CAY. — ¿Y tú aprobabas lo que decía? ¿Lo apruebas hoy?

FERN. — Ni lo aprobaba, ni lo apruebo.

CAY. — ¿Entonces á qué recriminarnos mutuamente? Por mí, bien hecho está lo hecho. Hoy volvería á hacer lo que hice entonces. ¿Y tú?

FERN. — Yo también.

CAY. — Sé franco; si estás arrepentido lo dices, por eso no habíamos de reñir.

FER. — ¿Arrepentirme yo de haber procedido como debía?... Nunca; pero si tú lo estás, si juzgas que debes ceder un poco, dilo.

CAY. — ¿Ceder?... Ni tanto así...

FER. — Pues bueno.

CAY. — Pues corriente. (Se pasean silenciosos y como disgustados uno de otro. En varias ocasiones don Cayetano parece que trata de hablar y se contiene, y lo mismo hace don Fernando.

FER. — (Parándose de pronto delante de don Cayetano.) Bueno; ¿y puede saberse para qué me has hecho venir aquí?

CAY. Vas á saberlo. Dentro de un rato estará aquí tu mujer.

FER. ¿Josefina?... (Admirado.)

CAY. Esa; ¿tienes otra? Pues sí, vendrán; tal vez lleguen ya ella y mi Aurora.

FER. ¿Te han dicho?...

CAY. No me lo han dicho; pero lo he adivinado.

FER. Pues mira, Cayetano, (Dándole una palmadita en el hombro.) no creo una palabra de todo eso.

CAY. ¿Que no lo crees?

FER. Ni una palabra. (Sonriendo.)

CAY. Es decir, ¿que trato de engañarte?...

FER. ¡Pche! Ó que deseas engañarte á tí mismo. ¿A qué negarlo, si, al cabo y al fin, es muy natural? Querías ver á tu hijo, deseabas conocer su situación, y has aprovechado el primer pretexto para justificar á tus ojos y á los míos esta visita.

CAY. Te aseguro...

FER. No me asegures nada; si te conozco mejor que puedas tú conocerte... Hace ya días que leo en tu cara lo que el jardinero, menos diplomático que nosotros, me repite muchas veces: «Desde que se marcharon los señoritos, esto parece un cementerio.» Ahora mismo, (Acercándose á Cayetano para que Felipe no pueda oirlo.) cuando, al entrar aquí, hemos oído ruidosas carcajadas, me decías con los ojos: «¡qué bien suenan las risas! ¡Mucho tiempo hace que no las oímos por allá!»

CAY. Eso lo habrás pensado tú. (Muy contrariado.)

FER. No, tú.

CAY. Pues te equivocas; y si nó quieres que riñamos...

FER. ¡Calla, están aquí! (Don Cayetano y don Fernando se miran un instante silenciosos; después, por impulso simultáneo, se tienden la mano y se la estrechan sonriendo.)

ESCENA XII

DICHOS, JOSEFINA y AURORA

AUR. Apóyese usted sin miedo, tía. (En el umbral.) Ea, ya estamos. (Viendo á don Cayetano y á don Fernando.) ¡Toma, pues si está aquí papá... y el tío!

FERN. ¿Qué locura es esta? (A Josefina con dulzura.)

JOS. ¡Tenía yo tanta necesidad de ver á mi hijo!...

FERN. Pero estás muy delicada aún, y... (La hace sentar en un sillón viejo que hay á la derecha. Aurora, después de buscar por todas partes una banqueta, coge un montón de libros y los coloca á los pies.)

AUR. Colócate bien. Así. ¿Estás á gusto?

JOS. Sí, hija mía; gracias. (Don Fernando se acerca á su esposa, con quien habla en voz baja. Aurora examina con curiosidad la habitación, seguida por su padre.)

AUR. ¡Calla! ¡Ahí veo un retrato!

CAY. (Deteniéndola cuando va á cogerlo.) ¡Quieta! ¡Vaya usted á saber de quién será, y cómo será!

AUR. Bien; pues mírale tú y dime si puedo verlo.

CAY. ¡Bah! (Lo mira y hace un gesto de contrariedad.)

AUR. ¿De quién es?

CAY. Nada; el tuyo. (Dejándolo caer de la mano.)

AUR. ¿El mío? (Contenta, cogiéndolo.) Pues sí que lo es. Ya ves, papá, cómo se acuerda de mí.

CAY. Deja, deja. (Y no encuentro ningún indicio de...)

AUR. ¿Y qué haces ahí, Felipe? (Mirando desde la puerta.)

ESCENA XIII

DICHOS, FELIPE

FELIPE Buenos días. (Asomando la cabeza por entre la cortina.) ¿Puedo salir?

CAY. Bueno.

FELIPE ¿Qué tal? (Se va hacia su tía.)

JOS. Estoy bien; algo fatigada.

CAY. Es claro. El descastado de Pepe debía haberte ahorrado esa molestia.

JOS. También ha estado enfermo.

CAY. Sí, muy enfermo; pero el caso es que ya no está aquí; ha salido de casa y no ha ido á verte. Su primera visita debió ser para tí, como ha sido para él la primera tuya. Todos los hijos son iguales, ingratos y olvidadizos.

JOS. No; nuestro hijo nos quiere; ni un solo día ha dejado de enviar á Felipe...

CAY. Esos cariños por apoderado son muy cómodos. (Gruñendo. Don Cayetano, don Fernando y Josefina siguen hablando bajo.)

AUR. ¿Y vivís aquí solos?

FELIPE No, mujer, no; viven con nosotros el compañero Bravo y su hija.

AUR. ¿La Juana? (Muy alarmada.)

FELIPE Sí, la Juana.

AUR. Pues nunca me has hablado de ella.

FELIPE ¡Toma! porque yo sabía que eso de la Juana había de disgustarte...

AUR. Pues sabías mal; porque me da lo mismo. (Levantando un poco la voz.)

JOS. Aurora, ¿qué te pasa? ¿Estás ya riñendo con tu hermano?

FELIPE Se ha disgustado porque vive aquí Juana.

AUR. No es verdad; á mí no me importa Juana ni...

ESCENA XIV

DICHOS, JUANA

JUANA ¿Quién me llamaba? (Entrando.) ¿Se ofrecía algo?

JOS. Buenos días, niña. Soy... (Levantándose.)

JUANA Sí; ya la conozco á usted, señora. La madre de don Pepe. Pues él hace un momento salió con su abuelito; iban á ver á usted.

CAY. ¿Se lo ha dicho á usted? (Con malos modos.)

JUANA Como decírmelo, no me lo ha dicho. Lo

cual, que don Pepe nunca da cuenta á nadie de sus operaciones; pero me lo figuro, porque mientras ha estado malo, repitió muchas veces, que en cuanto saliese á la calle iría á ver á su madre... y como hoy ha salido... por eso...

JOS. Sí, sí; habrá ido. (Ya lo ves) (A Cayetano.)

CAY. Ya lo veo. (Fingiendo mal humor.)

JOS. Ya he descansado. (Mirándolo todo. Aurora coge los libros que puso á los pies de su tía, y limpiándolos un poco:)

AUR. Esto, en su sitio.

JOS. ¿Aquí trabaja?..

AUR. Y ahí tiene mi retrato.

FELIPE (Alzando la cortina) Y en ese lecho ha pasado una enfermedad de veinte días.

JOS. ¡Pobre hijo mío! (Como hablando consigo misma.) ¡El acostumbrado desde pequeño á la comodidad y al lujo... aquí enfermo... privado de todo...

JUANA Privado de todo, no señora. No le ha faltado nada; cuanto ha sido necesario se ha hecho, y ahí está don Felipe que no me dejará mentir. ¿Es verdá, ó no es verdá? (A Felipe.)

FELIPE. Es verdad. Ha estado aquí tan atendido, como lo hubiera estado en su casa.

JUANA Más aún. (Con arrogancia.) Aquí no había lujos, ni muchas comodidades, eso no; pero, en cambio, le dimos siempre, en medio de nuestra pobreza, el calor de una buena voluntad y de un gran cariño, que no le daban en su casa.

CAY. Señora, vea usted...

JUANA Pues digo bien; si en su casa le hubiesen dado todo eso, no hubiera venido á buscarlo en esta.

JOS. Ya sé, ya sé, hija mía; Felipe me lo decía siempre: que ustedes cuidaban á mi hijo como á una persona de la familia.

JUANA Todavia más.

JOS. Lo creo; y no sé cómo pagar á ustedes...

JUANA ¿Pagar?... (Ofendida.)

JOS. Estoy en desgracia con usted; todo lo que le digo la ofende. Si yo quería manifestarle...

JUANA Lo entiendo bien, señora... y no me ofendo; es que soy muy tosca, y muy áspera cuando hablo; resabios de niña. La verdad es que don Pepe tiene pagado todo cuanto por él se haga en esta casa y en todo el barrio. Aquí lo quieren con delirio. Ha hecho mucho bien, mucho... Le llaman la providencia del distrito, y hay muchos que, como él les diga que rueden, ruedan, ¡vaya si ruedan!

CAY. (Pues estoy luciéndome. ¿A que quieren canonizarlo?

JOS. Gracias, niña, gracias. (Llorando de ternura.) No puede usted figurarse la alegría que siento al oirla.

JUANA Pues estoy diciéndola el Evangelio.

FER. (A Felipe.) Oye. (Se lo lleva aparte y habla con él en voz baja.) ¿Has entendido?...

FELIPE Perfectamente. Voy corriendo. (Hace que se va.)

FER. (No hay que vacilar ya!)

FELIPE (¡Tío!...) (A don Fernando.)

FER. ¿Qué?

FELIPE Que necesito dinero para...

FER. ¿Tan oprimida está la patria?

FELIPE Muy oprimida.

FER. Pues toma. (Le da un billete.) Y si no te ofendes, te regalo la vuelta.

FELIPE No me ofendo; siendo cosa de usted, nunca. (Hago cuenta que me han publicado un artículo.) (Vase.)

ESCENA XV

DICHOS menos FELIPE

CAY. ¿A dónde va ese chico?

FERN. A una cosa mía.

CAY. ¿Reservada?

FERN. Por ahora sí. (Se oye ruido algo lejano de voces en la calle, que poco á poco va creciendo.)

JOS. ¿No oyen ustedes ruido?

AUR. Sí. (Se acerca al balcón.)

CAY. Sí. (Hace lo mismo.)

AUR. Veo mucha gente.

CAY. Sí; es á la puerta del colegio. No hay que preguntar lo que es; los electores de don Pepe, habrán visto que los pícaros burgueses llevaban la mejor parte en la elección y quieren hacer el escrutinio á garrotazos. ¡Cosas de ellos!

AUR. Pues por allí corren.

CAY. Y por allá se pegan.

JUANA ¡La Virgen nos valga! Aquellos hombres señalan hacia nosotros.

AUR. Y vienen aquí.

JOS. ¿Aquí?

FERN. ¡Qué desorden! ¡Qué confusión!

CAY. ¡Habrá pronunciado Pepe algún discurso!

JUANA Calla, pues allí está mi padre; ahora se adelanta y echa á correr... ya llega. (Sale al foro.)

FERN. El compañero Bravo nos enterará de todo.

ESCENA XVI

DICHOS, el compañero BRAVO.

BRAVO Juana; arregla en seguida la cama de don Pepe. (Desde el umbral.)

JOS. ¡Dios mío, viene herido!

BRAVO No; un poco magullado nada más.

JOS. ¡Hijo de mi alma! (Precipitándose hacia la puerta.)

BRAVO ¿Pero quién es esta señora? (A su hija.)

JUANA La madre de don Pepe

BRAVO Señora, pare usted los pies. Don Pepe viene sano y bueno... el magullado es don Tadeo.

JOS. ¡Pobre señor! (Ya más tranquila.)

BRAVO ¡Sí, pobre señor!... Pues si no es por su hijo de usted me parece que no lo cuenta.

CAY. Eso es un atropello.

BRAVO Más atropello es ponerse á comprar votos pagándolos á dos pesetas, á la puerta misma del colegio... Cuando los amigos se enteraron... Vamos les digo á ustedes que hoy ha nacido ese hombre. ¡Oh! y gracias á que don Pepe que pasó por allí en aquel momento se puso á su lado y lo defendió como un león. Todos queremos y respetamos á

nuestro médico; por eso cedimos; que de no le damos un pie de paliza que... Yo, así y todo, no pude contenerme y le dí un apabullo. (Haciendo el ademán de darle.)

ESCENA XVII

DICHOS, PEPE y DON TADEO, gente dèl pueblo que se detine al umbral. Después DON FÉLIX

PEPE Animo, don Tadeo, eso no será nada. (Don Tadeo se apoya en el brazo de Pepe. Viene destrozado, con el sombrero apabullado y metido hasta las orejas, y bastante ridículo todo.)

TAD. Espero que no haya sido nada, gracias á usted. (Se quita con mucha dificultad el sombrero, y al propio tiempo sale la peluca, produciéndose movimiento de hilaridad en todos.)

AUR. (Pues bonito han puesto á mi novio, papá.) (A su padre.)

CAY. A ver si te callas.

JOS. ¡Hijo!...

PEPE Gracias, gracias por haber venido. Yo... pero déjame cumplir los deberes profesionales; en seguida salgo. Vamos, don Tadeito, unos momentos de descanso le sentarán muy bien. (Al pueblo.) Vosotros, amigos míos, podéis retiraros y... gracias por todo. Nos han vencido; no hay que desesperar, en otra venceremos.

BRAVO Y en último resultado lo que no alcancen los votos, lo alcanzarán las...

VOCES Eso, eso.

UNO ¡Viva el!...

PEPE ¡Silencio!... Nada de gritos ni de vivas... hay enfermo en casa... Ahora ya no soy el candidato, soy el médico. Vamos, don Tadeito. (Vanse don Tadeo y Pepe por la izquierda: los grupos se retiran. Poco á poco se apagan los rumores de la calle. Bravo sigue á Pepe.)

ESCENA XVIII

DON FERNANDO, JOSEFINA, AURORA, DON FÉLIX y DON CAYETANO

FÉL. (A Josefina y Fernando.) ¿Sabeis que vuestro hijo es un Hércules? ¡Já, já! Ni toda mi experiencia, que es mucha, ni toda vuestra diplomacia, habrían alcanzado en un mes lo que un par de puñadas de Pepe han conseguido en dos minutos... Si esto hace enfermo ¿qué hará sano?

AUR. (¿Dónde estará Juana?)

ESCENA XIX

DICHOS, JUANA por la derecha, PEPE por la izquierda

PEPE (Desde la puerta.) ¿Está eso?

JUANA (Con una taza en la mano.) Ya lo llevo.

AUR. (Saliendo al encuentro de Juana.) Yo lo llevaré.

JUANA No se moleste usted, señorita.

AUR. Si no es molestia. (Algo impaciente.)

JUANA Bueno. (Le da la taza. Vase.)

AUR. Tome usted, señor médico. (Dándole la taza.)

PEPE Gracias, prima. (Vase.)

ESCENA XX

DICHOS, menos PEPE y JUANA

AUR. ¿Verdad, abuelito, que no está bien que Juana, muy buena chica y muy guapa, cuide á Pepe, teniendo él familia que debería cuidarlo?

FÉL. ¡Jé, jé! ¡Qué ha de estar bien! Al fin, si Juana fuese fea, podría pasar... pero siendo bonita...

AUR. No sea usted malo; aunque fuese fea no estaría bien.

FÉL. Pero siendo guapa, está peor. Nada, así que vuelva te prometo que voy á sermonearle de lo lindo.

AUR. Sí, sí.

ESCENA XXI

DICHOS, PEPE, JUANA

BRAVO Ya queda descansando ese hombre.

PEPE Puedo consagrarme á tí. (A Josefina.)

FER. (Mucho tarda Felipe.)

JOS. Pero, ¿lo de Dupuy es grave?

PEPE No, por fortuna.

JOS. Ahora necesitas descansar tú.

PEPE Sí, algún descanso necesito; pero tiempo hay.

FÉL. ¡Jí, jí! (A Aurora.) (Ahora verás.) Sí, Pepe necesita descanso; pero para descansar bien debe descansar hoy en casa de sus padres, que es su casa.

FER. ¿Eh?

CAY. ¿Cómo?

FÉL. No hay más ¿eh? ni más ¿cómo? Oid, oid todos á la naturaleza, que por mi voz os habla... Nada más insensato que contrariar sus leyes.

PEPE ¡Abuelito!...

FÉL. Calle, y deje hablar á los mayores. La familia y la sociedad organizadas, poco importa cómo, vienen á ser á manera de árbol secular y corpulento. ¿Es el tronco robusto el árbol? No. Lo son las ramas espesas de frondoso follaje... En la vida de las sociedades el tronco robusto es lo pasado; lo presente, el follaje, por cuyas imperceptibles venas circula la savia; lo porvenir, la flor en que está el germen de las sociedades de mañana. Mal haya el tronco que se niega á sostener sus ramas, sus hojas y sus frutos... Desdichado el fruto que prematuramente se separa del árbol que le dió vida. Yo, como el árbol, y como el tronco, y...

ESCENA XXII

DICHOS y FELIPE

FELIPE Ya estoy aquí.
FER. ¿Qué hay?
FELIPE ¡Soy yo, tío! (Gritando.)
FER. Ven acá. (Se lo lleva aparte.)
AUR. (A don Félix.) (¡Qué fastidio! ¡Tan bien como iba!)
FÉL. (A Aurora.) (Casi me alegro, porque, mira... me había metido en tal laberinto de troncos y hojas y raíces, que ya no acertaba á salir.)

ESCENA XXIII

DICHOS y PEPE

FELIPE (Y aquí está...)
FER. (¿El recibo?)
FELIPE (No; la contestación pagada. Llevaba dinero y tiré de largo.)
FER. Muy bien hecho. A ver. (Abre el telegrama y lo lee, manifestando su satisfacción.) Josefina, Felipe me ha traído este telegrama. Entérate, y puedes dársele á tu hijo.
JOS. (Lee para sí el telegrama, revelando en su rostro gran alegría; después estrecha con cariño la mano á Fernando, y lee en voz alta:) «Recibidas instrucciones suyas con alegría. Asegurado triunfo de su hijo por esta ciudad.»
PEPE ¡Padre! (Tendiendo la mano á su padre.)
FERN. ¡Basta! No he querido tener un día el remordimiento de haber entorpecido tu marcha. Haz porque no me arrepienta nunca de haberte allanado el camino.
BRAVO (Echando el sombrero al aire.) ¡Viva la jornada de ocho horas! Voy corriendo... (Vase de prisa.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS menos BRAVO

CAY. (A Pepe.) (Yo también te estrecharía la mano si me prometieses no decir en el Congreso las atrocidades que digiste en el *meeting*.)

PEPE Abráceme usted, tío; nada de aquello iba con usted, á quien siempre quise muy de veras. (Se oye preludiar una banda de bandurrias y guitarras)

JOS. ¿Qué es eso?

JUANA Los amigos del barrio (Desde el balcón.) que vienen á obsequiar á don Pepe.

TAD. ¿Qué ruido es eso?

CAY. Que obsequian al diputado por Villaleona...

TAD. ¿A mí? (Muy sorprendido.)

CAY. No, á mi sobrino, que ha vencido en toda la línea.

TAD. ¿Eh?

CAY. Sí; le ha quitado á usted el distrito y la novia.

TAD. ¡Me he lucido! (Se deja caer grotescamente en una butaca.)

AUR. (¡Ay, abuelito, si viera usted qué contenta estoy!) (A don Félix)

FÉL. (Abrazando á su nieta.) Todos lo estamos. (Mirando á todos, y muy especialmente á don Fernando.) ¿No es cierto que lo estamos todos?

FERN. Eso no se pregunta. (Encogiéndose de hombros.)

FÉL. (Enojado.) ¡Claro! ¡A mí solo se me ocurren majaderías! (Protesta.)

FERN. No he dicho eso.

FÉL. Pero lo das á entender... ¡Bueno!

FERN. ¿Se va usted? (Sonriendo.)

FÉL. ¿Que si me?... (Ansiedad.) Pues no, señor; (Abraza á Pepe, á Felipe y á Aurora, que le rodean.) no habrá fuerzas humanas que me arranquen de aquí donde existen desinterés y amor, esas dos virtudes que solo posee *la gente nueva*. (Cuadro.)

TELÓN

OBRAS DRAMÁTICAS ORIGINALES DEL MISMO AUTOR

Tres á una, juguete en un acto y en prosa.

Los hábiles, comedia en tres actos y en prosa.

Todo el mundo, comedia en tres actos y en prosa.

Clases de adorno, comedia en tres actos y en prosa

El primer choque, comedia en tres actos y en prosa.

Un hombre serio, comedia en tres actos y en prosa.

La puente y el vado, comedia en tres actos y en prosa.

El son que tocan, juguete cómico en un acto y en prosa.

Una mentira inocente, comedia infantil en un acto y en verso.

Amar al prójimo, comedia infantil en un acto y en verso.

Saltos de liebre, juguete cómico en un acto y en prosa.



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.